



*Mi mayor
riesgo eres tú*

Lauren Davies

**MI
MAYOR RIESGO
ERES TÚ**

Mi mayor riesgo eres tú.

Lauren Davies.

Abril 2018.

*Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos son producto de la imaginación del autor. *

Índice

Capítulo 1.....

Capítulo 2.....

Capítulo 3.....

Capítulo 4.....

Capítulo 5.....

Capítulo 6.....

Capítulo 7.....

Capítulo 8.....

Capítulo 9.....

Capítulo 10.....

Capítulo 11.....

Capítulo 12.....

Capítulo 13.....

Capítulo 14.....

Capítulo 15.....

Capítulo 16.....

Capítulo 17.....

Capítulo 18.....

Capítulo 19.....

Capítulo 20.....



Capítulo 1

“Ring ring
Freestyler
Rock the microphone
Ring Ring
Straight from the top of my dome
Freestyler
Ring Ring
Rock the microphone
Carry on with the freestyler
Ring Ring”

Pufff, ya no sé qué melodía ponerle a esta mierda de invento llamado despertador. Sí, usos despertadores y no sólo uno, sino tres; todo eso sin contar las alarmas que pongo en el móvil. Las melodías tienen que ser fuertes para que lleguen a despertarme, así que esa canción es la ideal si quiero enterarme entere de ellas.

El primer despertador está configurado una hora antes, pero, o se apaga mágicamente o se ha dado por vencido, nunca lo escucho y he comprobado que funciona. El segundo ya sí que lo escucho, pero lo apago involuntariamente, mi mano lo apaga sin que yo sea consciente de ello. Entre medio de estos están las alarmas del móvil, las cuales apago mientras les susurro: un poquito más. Al fin, cuando suena el tercer despertador, soy consciente de que o me levanto, o me veo debajo de un puente por perder mi trabajo.

Por si no lo habíais deducido, no sólo peco de sueño profundo, sino que,

además, vivo sola y no tengo quién me despierte. A todo el que intenta despertarme, le advierto que elija entre: hacerlo a gritos o tirándome cubos de agua a la cabeza. Si os soy sincera, mi arduo despertar es el único motivo que tengo para volver a casa de mi madre.

Es hora de levantarse para empezar el día y hacer algo productivo. Mi cuerpo no responde, pero no se va a salir con la suya, no me da la gana, no quiso ser esbelto y como no hace que me gane la vida de modelo, que se joda y se ponga en movimiento a la de ya.

Estira, estira, estira y bosteza, más fuerte... Mmm, qué gustito da hacer esta tontería todas las mañanas. Ahora toca enfrentarse a lo peor, salir de la cama y convertirse en iceberg. Da igual las mantas y batas que te pongas, en esta casa el señor frío te espera, al borde de la cama para darte un gélido abrazo de amor que dura hasta que sales por la puerta.

Muerta en vida me dirijo hacia la cocina para prepararme algo calentito, hoy café y quedarme mirando sicóticamente la pared. Mientras bebo sorbitos para ir espabilándome. Es el único momento del día en el que mi mente está en blanco, es relajante, ya que el resto del tiempo la cabrona esta no deja de darle vueltas a las cosas y de maquinarse. Las 07:22, aún puedo estar en stand by durante 8 minutos más. Ahora a asearnos, vestirnos, peinarnos... Dios mío, qué pereza más grande.

Espejito, espejito, ¿qué es eso que veo en ti? Qué carita mañanera más poco apetecible para cualquier machote que pueda aparecer. En general me gusta mi cara, no está mal, pero me levanto con unas ojeras que ni un panda. Pero bueno, también tengo mis virtudes, como mi queridísimo y sedoso pelo, manejable como él sólo. Cola alta, labios melocotón, antiojeras y ¡a por todas!

De camino al trabajo, me pongo mis cascos para ir escuchando música, de esta manera los 38 minutos andando se me hacen muy amenos. Llevo poco tiempo trabajando, así que ni hablemos de tener coche por ahora. Tampoco soporto el transporte público ni nada que tenga ruedas e implique no perder el equilibrio. Supongo que el destino quiso que hiciese algo de ejercicio, el cual nunca viene mal. Pensareis que llegaré sudada y maloliente al trabajo, pero tengo mis trucos: desodorante y colonia en el bolso, almohadillas de algodón en las axilas y pasar un poco de frío para evitar que mi cuerpo exude.

Como comentaba, he llegado al trabajo fresca como una rosa.

—Buenos días, Catherine, el jefe quiere hablar con usted antes de que empiece su jornada.

Oh my God, esta mujer siempre te saluda con su estúpida sonrisa de persona feliz que echa polvos a todas horas; así es imposible saber si es una buena o mala noticia. A estas alturas creo que sobra que aclare que estoy peleada con el mundo. Y encima ahora mismo estoy cagada de miedo, me contrataron por seis meses y lo mismo mi independencia se joroba.

—Gracias, Verónica, muy amable — Catherine, tú puedes, aguanta esta falsa sonrisa.

No sé si andar rápido y acabar con esto cuanto antes, o andar lento y retrasar más lo que me tenga que decir ese señor. Hablamos de un hombre bajito, canoso, con cara de pocos amigos, pero muy guasón.

A la mierda, cuanto antes llegue, antes dejaré de sufrir, así que... ¡Allá vamos!

—Toc, toc — digo mientras golpeo la puerta, acabo de quedar como una estúpida, no sé por qué me sale hacer estas cosas involuntarias.

— ¿Catherine...? — pregunta mi jefe extrañado por lo que acaba de escuchar.

— Sí, señor Márquez, soy yo.

— Pase, pase, tenemos un asunto que tratar.

— ¿Hice algo malo? No haría nada malo voluntariamente.

— Jajaja — se ríe mientras me mira con cara de “estás bromeando, ¿no?”

— Sí, hiciste algo, estar en el momento y lugar oportunos.

— Disculpe, pero... No le sigo.

— Resulta que la chica que estaba de baja nos entregó documentación médica falsificada, por lo que no volverá a la empresa — se me queda mirando fijamente con las cejas levantadas, esperando una reacción.

— Y eso significa que... — digo pareciendo que me hago la tonta, pero realmente no sé qué tiene que ver eso conmigo.

— Pues que consideramos que serías la candidata perfecta para el puesto — sonrío ampliamente, consciente de que acaba de alegrarme el día, la semana, el año y el resto de mi vida.

— ¡Aaah! ¡Gracias muchaaas! — sí, la dislexia se apodera de mí, pero no tengo la cabeza para corregirme — En serio, me acabas de dar la mejor noticia del mundo.

— Anda, tira, que tienes mucho trabajo que hacer.

Salgo de espaldas mirándolo feliz y, cómo no, me doy en la espalda con el pomo de la puerta... Disimulo, me giro y salgo directa al baño a limpiarme las lágrimas. Ahora puedo pavonearme por el edificio, soy la nueva directora de marketing.

Estoy dispuesta a darlo todo en mi nuevo puesto, aunque, ya en mi primer día, he acabado agotada. No sabía que había que estar atenta a tantas cosas y mover una gran cantidad de papeles. Me he llevado toda la tarde organizando

mi trabajo de la semana. No quiero tener problemas y decepcionar a mi jefe.

Es el día que menos he tardado en llegar a casa. Estaba deseando hacer mi ritual de todas las tardes: convierto mi cola en un moño, botón del pantalón desabrochado y me tiro en el sofá. Ahora lo único que se me ocurre es llamar a mi madre para ponerle los dientes largos.

—Hola, mamá, ¿qué tal? — digo con voz de desinterés.

—Bien, tirando para adelante, lo de siempre ¿y tú? — responde de la misma manera.

—Genial, me han ascendido a directora de marketing.

—Ah, qué bien, me alegro.

—Sí y yo. Bueno, te dejo que me voy a duchar, chao.

—Venga, cuando te dignes vienes a verme. Chao.

¡Zas! Os preguntareis por qué nos hablamos tan secamente, la razón es muy simple. Mi madre y mi padre estaban felizmente casados hasta que llegué yo, metí la pata ya aún sin saber ni lo que era eso. Resulta que mi padre se volcó al cien por cien en mí, todo era para su niña, su tiempo, su amor, sus detalles e incluso una parte de su sueldo. No es que me diera dinero, sino que guardaba un treinta por ciento para mis futuros estudios universitarios.

Mi madre, con el tiempo, empezó a sentirse sola y a tratarme como si fuera un estorbo, aunque lo peor aún no había llegado. Cuando tenía ocho años, mi padre sufrió un accidente de avión de camino a Polonia, donde iba a cerrar unos negocios bancarios. Es por ello por lo que ella es así conmigo, me culpa de haberle quitado la atención y dedicación de mi padre los últimos años de su vida. Los celos la volvieron algo cruel en ese sentido. Yo, por mi parte, siempre intenté buscar en ella un apoyo que nunca me dio.

No quiero sentirme triste, hablemos de cosas alegres, mi padre siempre sonreía.

He llegado a pensar que necesito cambiar de vida o incluir, a la que ya tengo, aventuras, retos, no sé, algo más acorde con una mujer de éxito que va a tener un buen sueldo. Y ya, de paso, si hay maromos, mejor.

Enciendo el portátil para que me ayude en el proceso del cambio. Internet de mi corazón, ayúdame a dar con algo interesante. La búsqueda ideal sería la que combinase deportes más hombres, a ver que encuentro. Madre mía, yo lo siento, pero me da mucha pereza todo, se ve que se necesita mucha constancia. ¿Y si busco deportes de riesgo?, creo que se pueden practicar más intermitentemente y, quién sabe, algún monitor en condiciones habrá.

Voy apuntando números de teléfonos para pedir cita para barranquismo. Me ha llamado muchísimo la atención ese deporte y no sé exactamente por qué. Llamaré mañana nada más que tenga un rato libre, no vaya a ser que cambie de opinión si tardo un día más. Me he demorado tanto buscando información que se me ha hecho tarde y no me he duchado.

Me dispongo a ponerme el pijama roñoso, que me encanta y a la cama mientras veo videos de barranquismo en YouTube.



Capítulo 2

Esta mañana tuve otro de mis despertares felices. Necesitaba más horas de sueño, me quedé hasta tarde viendo los vídeos como si de películas de terror se tratasen. No sé si voy a tener cuerpo para practicar barranquismo, pero, quién no arriesga no gana, ya basta de quedarme estancada en mi zona de confort. Mi falta de sueño fue sólo el comienzo. Llevo un día de pena, se nota mucho cuando no duermo en condiciones, pues los dioses se las arreglan para darme una lección de alguna manera.

Resulta que llegué a la oficina y tenía que firmar el nuevo contrato, por lo que fui al despacho del señor Márquez. Por el camino, iba en mi mundo tarareando canciones Disney cuando de repente, al cruzar la esquina, me choqué con un hombre. Cuando lo miré me quedé atontada, qué mirada más penetrante, esos ojos caramelo me quitaron el sentido. Reaccioné ante su actitud de prepotencia.

—Estas becarias nunca miran por dónde van — dijo con superioridad.

— ¿Perdona? ¿Becaria? No sabes con quién te estás metiendo — dije enojada.

—Baja los humos y procura no cruzarte más en mi camino — protestó mientras se iba.

Estúpido, idiota, subnormal... Me quedé con las ganas de decirle de todo a semejante ser. Pero debía asegurarme mi nuevo puesto firmando el contrato, así que seguí mi camino. Todo salió bien, mi jefe estaba muy contento de que aceptase el puesto y, tras firmar, me mandó a mi nuevo despacho a atender a mi primer cliente. Iba a ser la encargada de dirigir la promoción de su producto. Iba andando feliz hasta que crucé la puerta y, ¿sabéis qué?, mi cliente era el gilipollas de antes.

- ¿Tú, en serio? — no podía quitar mi cara de asco.
- ¡Ah! Así que eres la becaria de marketing — dijo con desgana —
¿Cuánto va a tardar en llegar tu jefa?
- ¡Ja! En marketing no hay becarias, yo soy la jefa y de mí depende
ahora tu producto — dije con orgullo mientras me engrandecía con mis
palabras.
- Aún me puedo ir a otro lado, tú verás lo que haces — las risas de
maldad me hacían cogerle más asco.
- No, no, disculpa, dejemos a un lado lo ocurrido y hablemos del
negocio. Sólo te pido que me hables como lo harías con cualquier otra
directora de marketing, ¿de acuerdo? Olvidemos lo ocurrido.
- De acuerdo, ante todo, soy un profesional.

Durante la reunión, estuvimos debatiendo sobre el plan de marketing que íbamos a seguir. Después de llegar a un acuerdo, como adultos que somos, él se fue y yo seguí con mis labores.

Espero que el día vaya cuesta arriba a partir de ahora. Al menos, debido a mi capacidad organizativa, hoy he salido más temprano de trabajar. Gracias a eso, voy a tener tiempo de hacer todas esas llamadas que tanto temo, las de mi nuevo deporte. Pero bueno, ya me preocuparé más tarde de ello, ahora he de ir a casa.

Voy por la mitad del camino y empieza a llover. Tenía tantas ganas de llegar a casa para ducharme que ni siquiera me percaté de que el cielo estaba nublado. En parte he tenido suerte ya que, en esta ciudad, puede que no haya muchas cosas, pero sobran cafeterías. Cruzo la esquina y ya puedo avistar una, me siento en el interior y así puedo al menos resguardarme un poco de la lluvia. No sé cuándo despejará, pero la lluvia cae muy intensamente y no quiero coger frío y enfermar.

Me ha dado tiempo a tomarme dos refrescos, parece que nunca va a parar de llover. No me quiero quedar aquí toda la tarde. Parece ser que no me queda otra, necesito que alguien me eche un cable. Cojo el móvil y llamo a mi tía.

— ¿Sí? — pregunta con tono de preocupación, no suelo llamarla para tonterías.

—Hola, tita, perdona que te moleste... — le digo nerviosa — Iba de camino a casa y ha empezado a llover... No sé cuándo escampará... ¿Podrías...?

— ¿Acercarte? — interrumpe con asombro.

—Sí, tita.

— ¿Pero tú eres tonta? ¡A mí no tienes que pedírmelo con ese pudor! — me regaña — Ahora mismo voy en tu busca, mándame tu ubicación por WhatsApp.

Ha colgado, es una mujer con carácter. Mi tía es la persona en la que más confío, hace lo que haga falta por mí, pero no entiende que me da cosa pedir favores. Si no fuera por mi tía, mi vida al lado de mi madre hubiera sido una tortura. Cuando era pequeña, me iba a su casa con la excusa de jugar con mis primos, allí todos me miraban con buenos ojos.

Voy a enviarle mi ubicación antes de llevarme otra bronca, según me cuentan, es tan dispuesta como lo era su hermano, mi padre. No puedo recordar con claridad todos los aspectos de él, pero sé que tenía un gran corazón. Mi padre y mi tía son hermanos gemelos, su pérdida fue muy dura para ella, siempre he pensado que me tiene ese cariño tan especial porque lo ve reflejado en mí. Aunque pienso que esto último es mutuo.

Menos mal que ya se prejubiló y tiene tiempo libre para aprender a usar las nuevas tecnologías, se sabe todos los trucos posibles del móvil. Voy a pagar ya, la conozco demasiado bien, no sé siquiera si me va a dar tiempo a ir al

servicio.

Tal y como lo había pensado, siete minutos ha tardado. No sé cómo lo hace, vive en la otra punta de la ciudad. Me pita mientras me hace señas con la mano para que me apresure a montarme en el coche.

—Catherine, ya te vale — dice con cara de no me toques las narices —. La próxima vez que me pidas cosas como si me estuvieras molestando, te cojo de los pelos y te doy dos buenas tortas.

—Lo siento, sabes que me gusta valerme por mí misma — le digo cabizbaja.

— ¿Y sigues? Dame un beso, que me tienes contenta.

Le doy un beso y partimos al ritmo de las baladas que tanto le gustan. Mientras conduce, la miro y es indudable de quién he sacado mis rasgos y, sobre todo, mi pelo.

— ¿Qué tal te va todo, mi niña? — me pregunta después de cantar un par de canciones.

—Pues muy bien. Quería esperar a contártelo cuando también estuvieran mis primos, pero ya que estamos... ¡Me han ascendido a directora de marketing! Hoy he firmado el contrato.

— ¿En serio? ¡Eso es una gran noticia! Tú padre estaría pregonándolo por las esquinas — puedo ver cómo se emociona.

—Lo sé. Sé que está muy orgulloso de mí allá donde se encuentre. Y bueno, sé que de ti también lo está, no hay nadie mejor para cuidar de su hija — le sonrío cálidamente a pesar de que no puede mirarme porque sigue conduciendo.

—No me hagas llorar. ¿Y qué tal tu primer día? — cambia el rumbo de la conversación para no distraerse al volante, es un tema que nunca le ha

dejado de doler.

—Pues he tenido que reunirme con mi primer cliente y no me ha caído nada bien.

Justo cuando iba a empezar a contarle mi percance, hemos llegado a mi casa.

—Bueno, cariño, ya hemos llegado. Espero que cuando vengas a casa me termines de contar. Ahora tengo mucha prisa.

—Te debo una, eres genial, muchas...

— ¡Ni se te ocurra acabar esa frase! Dame un beso y arreando que es gerundio. Espero que vengas a comer a casa en estos días, se te echa de menos.

—A comer no creo que pueda, ahora como en el ascenso me cambiaron el horario, pero lo intentaré.

—Te tomo la palabra. Me voy, mi niña, hasta pronto.

—Nos vemos, tita.

Cierro la puerta y no tarda ni un segundo en arrancar, siempre parece que va con prisas a los sitios. Como podéis ver, ella es todo lo contrario a mi madre en lo que a mí respecta. Mi tía me escucha, se alegra por mí, se preocupa... Hace todo lo que una madre debería hacer.

Ahora que ya he subido a casa, es hora de avanzar con mi nuevo proyecto de vida, los deportes de riesgo.

Tras siete llamadas preguntando dudas, tengo que pensarme muy bien a qué club ir. ¿Apuesto por algo económico o caro?, ¿por cercanía o lejanía? o ¿por barranquismo sobre agua o sin agua? El más caro, lejano y con agua es el elegido, sin duda. Ni hay que escatimar en gastos en estas cosas, ni quiero encontrarme a los chicos de siempre y si tengo la posibilidad de salvarme nadando, mejor que mejor; aunque no es el caso porque el más parecido a mis

opciones sólo tiene riachuelos, poco voy a nadar ahí. Me dispongo a llamar y a coger cita para este fin de semana.

—Hola, buenas tardes, club de barranquismo “La acrofobia es para débiles”. ¿En qué podemos servirle?

—Buenas tardes. Quería coger cita para aprender a hacer barranquismo.

— ¿Sería tu primera vez practicando este deporte?

—Sí.

—Le comento... Una vez al mes damos un curso para principiantes en el que enseñamos lo básico, prestamos equipamiento y seguimos una ruta específica. Este sábado tenemos uno y tres plazas libres. ¿Le interesaría venir?

— ¡Sí! Me encantaría que me reservase una plaza — me siento como una niña pequeña la primera vez que va al circo — ¿Cuánto cuesta?

—Regalamos la primera sesión, la mayoría siempre vuelve. Le voy a tomar los datos si no le importa.

—Por supuesto, ¿qué necesita?

—Nombre, primer apellido y DNI, por favor.

Me ha tomado todos los datos. Listo, en dos días estoy subiendo y bajando por barrancos, atada con cuerdas claro. ¿Conoceré a alguien? Los nervios me comen por dentro. Sé que pensáis que estoy desesperada, que lo estoy, pero el amor no me ha tratado muy bien y se me va a pasar el arroz.

Mi primer amor era un chico muy dulce, tanto que ya había más de una hincándole el diente; el segundo era el fan número uno de mi culo, pero no era el único culo que admiraba, sólo que el mío sí que era de mujer; y al último lo dejé por idiota, tenía que ir vestida de etiqueta a todos lados para no tener que aguantarlo de mal humor y si ya hablo de las cenas familiares...

Sé que existen los chicos normales, o al menos eso me gusta creer. No tengo un prototipo físico, ni miro su situación económica, lo único que pido es que no sea ni picaflor, ni gay, ni idiota. ¿Es eso tan difícil de encontrar?

Sé que aparecerá, pero no va a llamar a mi puerta, así como así. Tengo que salir y conocer gente nueva, no quiero perder ni un minuto más, me siento muy sola en esta casa.

Últimamente no salgo mucho, mis amigos más cercanos tuvieron que salir a trabajar fuera e hicieron allí sus vidas; además, me es complicado hacer amigos nuevos, la timidez se apodera de mí. A veces me pregunto cómo he conseguido tener amigos a pesar de todo, tantos años de estudio me hizo cruzarme con gente maravillosa y muy afín a mí.

Mi mejor amiga, Virginia, volverá pronto para ver a su familia y, por supuesto, a mí, es la única persona capaz de hacer que me desmelene. Conocí a Virginia en unos cursos de marketing por Internet, nos pusieron juntas para hacer un trabajo y, desde entonces, hemos sido uña y carne. Aunque, sinceramente, debería de prepararme para cambiar mis expectativas sobre su regreso, ya que no viene sola, viene con su bebé y no creo que tenga mucho tiempo para mí.



Capítulo 3

— ¡Ahhh! ¡Bájame de aquí, idiota!

Ni yo misma sé cómo he llegado a esta situación, no sé qué hago colgada de un barranco con un idiota. Os voy a explicar qué hago aquí y por qué estoy asustada. Para ello, tengo que contaros todo lo que me ha pasado días atrás.

Como sabéis, tenía una reserva para aprender a hacer barranquismo. Y puedo decir orgullosa que me atreví a ir.

Cuando llegué al club, un par de monitores nos estuvieron explicando las medidas de seguridad y las normas para que saliésemos ilesos en cualquier situación. Nos hicieron ponernos un traje, unos guantes y escaarpines de neopreno; un casco, e incluso, unos zapatos especializados. No quiero ni saber por cuantos pies más habrían pasado estos.

Lo primero que teníamos que hacer era descender por un barranco. Iban bajándolo de uno en uno con un monitor. Mientras, el otro se quedaba vigilando a los que esperábamos arriba.

Cuando llegó mi turno, me dio un dolor de barriga de los nervios, la ansiedad se apoderaba de mí. Me pusieron bien el arnés, mi vida dependía de unos fuertes mosquetones, unas cuerdas gruesas y de otros materiales de los que ni recuerdo el nombre ya. El monitor estaba agarrado a mí, aunque no era la sensación que me esperaba ya que de atractivo tenía más bien poco.

A la hora de bajar, no quería ni mirar hacia abajo, había unos diez metros de altura. Me agarraba a las piedras como si de un gatito asustado se tratase, me daba tal pánico bajar que prefería quedarme en un punto inmóvil, para siempre. Tras cada respiración profunda, bajaba un pie, luego el otro, luego

una mano y por último la otra. El monitor me iba indicando a qué piedras debía irme sujetando para que no resultase peligroso y por qué. Era un circuito ya programado y cada piedra tenía un color dependiendo de si eran aptas o no para apoyarte. Se me hizo una eternidad, pero al fin llegué abajo y no hubo peligro ninguno.

El sitio era precioso, todos los barrancos por los que cogíamos terminaban rodeados de riachuelos de aguas cristalinas, estaba limpio y conservaba el color natural de sus piedras, plantas y tierra. Jamás había estado en un sitio tan natural y eso que estaba preparado para actividades humanas. Esos tonos marrones, grises, rojizos y adornados con las pinceladas del verde de la vegetación... Me quedaba embobada, como si fuese la primera vez en mi vida que hubiese pisado la naturaleza más pura.

Después de descender, nos propusieron ascender. El ascenso me resultó más ameno, me veía más capaz de llegar arriba sin problemas que de bajar sin caerme. Estuvimos bajando y subiendo barrancos con distintas características, aunque también andamos bastante para llegar de unos barrancos a otros.

Ya casi al terminar, estaba agotada, era mucho ejercicio para una chica tan poco deportista como yo. Lo bueno es que, al bajar el último barranco, llegábamos directamente a las instalaciones de club para poder descansar. Así que me dije: a por todas, campeona.

Durante mi última bajada, el monitor me advirtió de algo.

—Va a pasar un barranquista por al lado tuya, aún está arriba preparándose, no te asustes. Los que ya tienen experiencias van por libre — me explicó el monitor con amabilidad mientras me sujetaba con más fuerza.

Iba más o menos por la mitad cuando escuché que, efectivamente, alguien se acercaba. Miré hacia arriba y vi unos zapatos que iban bajando muy cerca de mí, por la derecha. No tardó mucho en caerme arena en los ojos y no pude contener mi rabia.

— ¿Qué haces? ¡Ten más cuidado!

Mientras se acercaba a mí, se “disculpó” conmigo.

—Disculpa, ha sido sin querer, aunque deberías de estar más atenta a lo tuyo, en lugar de mirar a los demás — me dijo con tono educado, que eso no quita que me sentase mal.

De un salto se puso a mi altura y me miró, esa cara de estúpido ya la conocía de antes. Se empezó a reír mientras le ponía cara de asesina. ¿Adivináis de quién os hablo?

— ¡No puede ser, la becaria! — dijo entre risas. Sí, era mi simpatiquísimo primer cliente.

—Becaria, mis cojones, desaparece de mi vista porque te juro que estando aquí, peligras — mi voz sonaba demasiado agresiva.

— ¿Habéis terminado ya? El resto está esperando — interrumpió el monitor con ganas de salir de esa situación incómoda.

—Sí, sí, bajemos. Hoy no tengo ganas de mancharme de sangre.

El idiota empezó a bajar rapidísimo mientras se reía fuertemente, para que lo oyese y me llamaba tortuga. Me tuve que tragar mis palabras, no quería que mi cara apareciera en el tablón del club acompañada de: No dejar pasar.

Al llegar al suelo, no lo conseguí ver por las instalaciones, así que preferí olvidarme de él e ir al vestuario a cambiarme de ropa. Fue muy aliviador de todo fue quitarme ese incómodo traje, así como todo el equipamiento.

Después, me senté en la cafetería a tomar un café calentito. Al poco rato, mi cuerpo se sentía realizado y el café que me acababa de tomar, me recompuso por completo.

Cuando me estaba levantando para irme, la estupidez con patas entraba por la puerta. Después de cómo se había comportado, o corre o no lo cuenta.

— ¡Ey, amiga mía! — me saludó mientras se iba acercando con alegría.

—No soy ni tu amiga ni nada, simplemente tu publicista, recuérdalo — mi tono sonaba borde, no entendía a qué venía ese cambio de actitud.

—Bueno, ¿me permitiría mi señora publicista invitarla a un refresco?

—Señorita, gracias — no supe qué más responder porque no entendía su cambio de actitud en ese momento.

—Me alegra oír eso — me guiñó un ojo mientras una seductora sonrisa invadía su rostro.

En ese momento me quedé algo pillada, dije lo primero que me salió del alma.

— ¿Vamos a tomar el refresco o nos vamos a quedar aquí, de pie, diciendo tonterías? — mi contestación no iba acorde con lo que pensaba de él, me llevó a su terreno sin darme ni cuenta. Me sentí idiota.

— ¡Voy ahora mismo por ellos! La verdad es que me sorprende que aceptes.

—A mí también me ha sorprendido mi respuesta — recité mi pensamiento en voz alta.

—Jajaja, y bien, ¿qué quieres tomar? — usaba un tono muy amable, así daba gusto hablar con él.

—Una Coca-Cola, por favor.

— ¡Marchando!

Me senté en una mesa mientras él pedía los refrescos en la barra. ¿Qué estaba haciendo? Ni yo misma me entendía, pero es lo que me apetecía hacer, subconscientemente, en ese momento. Apenas me dio tiempo a pensar sobre qué íbamos a hablar, no tardó mucho en llegar con las bebidas.

— ¿Qué te trae por aquí? — me preguntó interesado.

—He querido probar a hacer algo nuevo. Mi rutina me aburría. Tenía la necesidad de aprovechar que me iban bien las cosas para cambiar algunos aspectos de mi vida.

—Ya me dijo tu jefe que eras nueva en tu puesto. Me lo advirtió para que no me extrañase si se te veía algo perdida.

— ¿En serio? ¡Qué vergüenza! ¿Por qué va diciendo eso de mí?

—Jajaja, lo hizo para ayudarte. Quería que te sintieras bien en tu primer día.

—Supongo, se preocupa mucho por sus empleados. Por cierto, ¿llevas mucho tiempo practicando el barranquismo?

—Sí, llevo once años. Tengo mucha experiencia. Solía ir a otro club que me cogía más cerca de dónde vivía antes. Este es el mejor que he encontrado por esta zona y he decidido venir hoy a explorar el terreno.

—Bueno, ¿y cómo sabías que yo iba a estar hoy por aquí? — le bromeé.

—Jajaja, tranquila, no era mi intención cruzarme contigo — no me sonó mucho a broma, no entendía su humor.

— ¿Siempre que hablas sube el pan? — arqueé una ceja y le miré atentamente.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas, por eso me gusta chincharte.

En ese momento me dejó de piedra, soltaba cosas así que me descolocaban. No sabía si estaba intentando hacerme enfadar más, picarme o ligar conmigo. Cuando reaccioné, a los pocos segundos, no puede hacer más que sonrojarme

y disimular mientras bebía. Seguimos bromeando por un buen rato a la vez que nos echábamos cosas en cara.

—Ahora va a resultar que eres tímida y todo.

—Es complicado tener otra reacción cuando no sé si quieres ser mi amigo o mi enemigo.

—Amigo, por supuesto. No siempre invito a mis enemigos a refrescos.

—No me extrañaría que lo hicieras, tu actitud se ve cambiante.

—No me gusta llevarme mal con la gente, soy simpático, solo que mi sinceridad a veces puede asustar un poco.

—Yo diría más bien que la soberbia te puede.

—Jajaja, ¿cómo puedes afirmar cosas de personas a las que apenas conoces?

—Porque yo no voy por ahí insultando a personas y llamándolas becarias como si fuese algo despectivo.

—No es despectivo, las becarias suelen ser jóvenes y atractivas.

—No me comas la oreja, fuiste directo a atacarme para quitarte de encima tu parte de culpa.

—A ver si la que tiene soberbia eres tú. Lo único que pasa es que eres la primera chica no becaria que se choca conmigo en una oficina, de ahí mi comparación. Pero me parece a mí que con un sólo refresco no se te va a quitar esa imagen de mí.

—No soy rencorosa, no te preocupes por eso. Si te he dejado invitarme es precisamente porque no me das muy mala espina, aún.

—Sólo espero que hoy el muy desaparezca y que con una cena se te quite por completo la “mala espina”.

—Deberías de darme las gracias por haber aceptado tu refresco, no esperes que acepte también una cena. Y si me estás haciendo la pelota porque te preocupa tu producto, relájate, ante todo soy muy profesional.

—El producto es lo de menos ahora mismo, no estamos hablando de negocios. Y tranquila, conseguiré esa cena, cueste lo que cueste.

Siempre he sido de las que se creen que, cuando los hombres te bromean, quieren algo contigo, pero la experiencia me ha demostrado que no. ¿Quién entiende a los hombres? Al pensar en esto último, me entró un poquito de bajón y me puse seria.

—Lo siento mucho, mi bus de vuelta sale en unos minutos, tengo que irme.

—Yo podría acercarte a casa si quieres. He venido en coche.

—Ya pagué por ella y no me gusta montarme en coches de desconocidos, pero igualmente, muchas gracias.

—De desconocidos nada, ¡vas a promocionar mi creación!

— ¿Acaso me has dicho tu nombre? Lo sé por los papeles que me entregaste, no porque tú me lo hayas dicho.

—Me llamo Hugo, encantado, Catherine. Yo no soy tan tiquismiquis esperando a que tú me lo digas — dijo bromeando con tono de niño chico.

—Encantada, Hugo, es todo un placer.

—Cuando tengamos más confianza, podríamos venir juntos y disfrutar.

—No te hagas ilusiones, no sé aún si volveré. Me voy, no quiero perder el bus.

—Ciao, becaria.

Salí escopetada de allí, no sabía muy bien cómo manejar la situación, mi cara de quinceañera ilusionada era demasiado evidente. El problema es que mi mente me decía que no tenía que emocionarme, que sólo estaba intentando ser amable y divertido, no mi príncipe azul.

No pude dejar de pensar en su estúpida sonrisa. Tenía los cascos puestos y

sólo quería escuchar canciones románticas durante todo el trayecto. Yo, como siempre, creando ilusiones en mi mente que nunca tienen un final feliz.

En casa intenté compensar mis emociones viendo películas de terror. Lo único que conseguí con eso fue dormir toda la noche con la luz encendida. Bueno, mejor digamos “dormir” porque me costó conseguir coger el sueño entre una cosa y otra. En realidad, elegí la mejor noche, al día siguiente no tenía que ir a trabajar y pude dormir hasta tarde.



Capítulo 4

Los días en la oficina se me hacían cortísimos, no paraba de trabajar, sin embargo, en casa me la pasaba inventando cosas que hacer porque todo me aburría ya.

No os impacientéis, tengo mucho que contaros antes de llegar a donde estoy ahora. Os aseguro que merece la pena conocerlo todo.

El sábado siguiente a mi encuentro con el idiota, pensé en hacer la locura de presentarme por allí, a ver si me lo encontraba. A pesar de todo, me gustaban nuestros piques y quería salir de dudas sobre sus intenciones. Hugo me encanta físicamente, pero necesitaba conocer su carácter más a fondo; así que cogí mis cosas y salí de camino al club.

Antes de salir por la puerta del portal, recibí una llamada que cambiaría mis planes por completo.

—Hola, buenos días, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Qué educada yo, ¿no? Resulta que en las tarjetas de la empresa puse, sin querer, mi número personal. Lo correcto hubiese sido esperar a que me dieran un número nuevo para encargar las tarjetas; pero como nunca hago lo correcto, la emoción se apoderó de mí y las encargué. Una vez llegaron, me puse como loca a repartirlas a todo el que venía a consultarme las condiciones de marketing de nuestra empresa. Es por ello por lo que cuando me llama un número desconocido, contesto de esa manera.

— ¿Catherine, me estás tomando el pelo? — me respondió una voz muy familiar, demasiado familiar.

— ¡Virginia, eres tú! ¡No me lo puedo creer! ¿Estás por aquí? ¡Dime que

sí! — le dije eufórica a mi mejor amiga.

—Jajaja, ya sé que me quieres, pero tampoco es para tanto, mujer.

—Tú tan fría como siempre, menos mal que te conozco y sé que en el fondo sientes lo mismo.

—Posiblemente... Voy al grano, que prefiero contártelo todo en persona, ¿cuándo nos podemos ver? Yo ya estoy instalada y lista para hacer mil planes.

—Por mí, ahora mismito, quedamos en la rotonda de al lado de la casa de mi tía, en una hora y desayunamos juntas, ¿te parece bien?

— ¡Genial! Allí nos vemos.

Vivo a 35 minutos de casa de mi tía, pero, como conozco a la loca esta, sé que va a ir muy coqueta; yo no me quería ver más fea. Subí a maquillarme un poco y a cambiar mi calzado, iba preparada para el deporte, pero no podía ir así a tomar algo con ella. Tenía muchas ganas de ver a Hugo ese día, como bien sabéis, pero no iba negarme a ver a mi amiga cuando sólo estaba de paso.

Llegando al punto de encuentro, vi a Virginia de espaldas, iba directa a abrazarla. Le toqué el hombro y, al girarse, pude ver que no estaba sola, tenía un hermoso bebé de siete meses en sus brazos. Fue entonces cuando me acordé de que había sido mamá y entendí que a su lado hubiese un carrito. El bebé era bien gordote, me entraban ganas de estrujarle esos mofletotes colorados y morderle los rollitos de grasa que tenía en las piernas. Me dejé cargarlo por el camino, mientras le hacía bobadas para que riese y lo intentaba convencer para que me llamase tita. No dijo nada porque apenas sabía decir mamá y papá.

En la dulcería donde nos sentamos a desayunar, empezamos a recordar todo tipo de historias de todo lo que habíamos vivido juntas. La más divertida de

todas, fue la noche que Virginia apareció con un peluquín enganchado en su chaqueta de cuero y pinchos.

Todo ocurrió una noche de hace 4 años. Fuimos a una discoteca que nos recomendaron por poner las canciones heavies, incluidas aquellas que a mi amiga tanto le gustaban. Para ir acorde con su vestimenta, tuvo que dejarme ropa, pues era algo más fina vistiendo que ella. Íbamos con mallas negras rasgadas, camisas de Megadeth y chaquetas de pinchos. Pues bien, en la discoteca estuvimos bailando como locas con todo el mundo, sin mirar siquiera el sexo, la edad, la apariencia... Después de un par de horas, necesitaba ir al servicio y le dije a Virginia que no quería ir sola, que me acompañase. Al salir de la multitud, vi algo peludo en su hombro, me acerqué a ver qué era y empecé a reír a carcajadas. No podía parar, se me escapó un poco de orina, pero no sé si existe otra reacción al encontrarse un peluquín en la chaqueta de tu mejor amiga. Lo más gracioso de la historia fue que, mientras hacíamos cola, salió del baño un chico con una capucha. No tardó en ver el peluquín en mi cabeza. Me lo había puesto de broma. El chico se acercó y nos ofreció dinero por él, se le veía muy agobiado. No le aceptamos el dinero, evidentemente, se lo dimos sin más; pero inevitablemente nos dio otro ataque de risa cuando entró de nuevo al baño a ponérselo.

Decidimos dejar las anécdotas a un lado y ponernos al día sobre nuestras vidas.

—En fin, Catherine, hablemos de algo más actual ya que nuestras vidas han cambiado tanto.

—Pues lo único que no te he contado ha sido que... ¡Me han ascendido a directora de marketing!

— ¡Me hace muy feliz saber eso! Pero al igual que me lo has ido contando todo por chat, me lo podías haber comentado — dijo algo molesta.

—Quería dejar algo para nuestro encuentro. ¿Qué tal te va con Bryan? — cambié de tema al instante, cuando se le pase el mosqueo, le contaré más cositas del nuevo puesto.

—Con Bryan... Bien... No sé qué decirte, la verdad, un bebé cambia mucho las cosas.

—Siempre os habéis entendido muy bien, no me seas tonta. Seguro que vuestras nuevas vidas de papás se adaptan perfectamente a vosotros.

—Tiempo al tiempo, no quiero pensar en esas cosas ahora. Sabes que echo fuera de mi mente lo negativo. Aunque hablando de chicos, no me estarás ocultando ninguno, ¿no? Si eres capaz de ocultarme tus logros laborales, un chico no va a ser menos.

— ¿Chicos? ¿Qué es eso? ¿Se venden?

— ¿Seguro que no te estás haciendo la tonta? — me miró con cara de perversión.

—No hay chicos. Creo que un cliente nuevo me ha estado tirando los tejos, pero sabes que siempre me ilusiono con nada.

—Catherine... No sabes la lástima que me da no poder estar a tu lado y traducirte el lenguaje masculino. No puedo opinar hasta que no lo vea, pero ándate con ojo, no eres muy hábil encontrando buenos chicos, — me dijo con lástima — todos se piensan que, por tener una cara tan dulce, pueden jugar contigo.

Conforme seguía la conversación, Virginia se mostraba muy madura, no sabía si era la misma de siempre. Me empezó a hablar de todas las quedadas de mamás que hacía. Conoció a un grupo de mujeres en los cursos de preparación al parto y se habían hecho muy amigas. Me contó que quedaban en grupo para comprarle ropita a los bebés, hacer juegos sensitivos para estimularlos, darles el pecho o las papillas, pasearlos por parques, etc.... Me sentía fuera de lugar. Su vida ahora era la de su bebé, casi ni hablaba de su

marido. Cada dos por tres me lanzaba lo bonito que era ser madre para que yo me animase.

Virginia hablaba y hablaba y yo me hacía la atenta cuando, en realidad, estaba asintiendo a todo y riéndome cuando la veía reírse. No es que no me alegre de su vida ideal, pero yo prefiero hablar de cosas que al menos he vivido.

Me atreví, incluso, a contarle lo del barranquismo y lo único que me soltó fue: te noto un poco perdida. No entiendo qué conclusión es esa, no entiendo por qué querer hacer algo divertido es estar perdida. Soy muy joven, sólo tengo veintisiete años y ya parece que se me ve mayor para hacer “locuras”. Me revienta ese pensamiento, ni tu mejor amiga conserva su versión divertida a estas edades ya, ¿estamos locos o qué?

Aligeré un poco la conversación, no me apetecía verla mucho más, la verdad, me estaba tratando como si mi vida estuviera desordenada. De aquí a que se vaya, le hablaré para despedirme y poco más. Sé que suena feo, pero para aguantar críticas sobre mi vida y conversaciones amargantes y aburridas, me quedo hablando con mi madre, es la experta en quitarme las sonrisas.

La conversación que tuvimos me dio mucho en lo que pensar el resto del día. ¿Llevo una vida encauzada? ¿Necesitaría centrarme en buscar a alguien, casarme y tener hijos? Sinceramente, no envidio la vida que lleva Virginia. Me gusta ser libre, no busco un chico con el que atarme, sólo alguien con quien compartir mi cariño. Me hago estas preguntas porque parece que todos esperan eso de ti para considerar que eres feliz. Considero que mi vida va por buen camino, que he conseguido muchísimo por mí misma y no he parado de seguir mis metas hasta que las he alcanzado. Soy una triunfadora, para quien lo quiera entender y no voy a cambiar lo que me sale de dentro por lo que

piensen las personas que me rodean. No sé qué pensareis vosotros después de conocerme un poquito más.

Me apenó haber cambiado un posible encuentro con Hugo por una conversación amargante. No lo conocía de mucho, pero, incluso picándonos, sabía que podía pasármelo mejor con él que con la cambiadísima Virginia.



Capítulo 5

Al día siguiente, estaba en casa comiendo patatas de paquete y viendo la tele. Aún era domingo, no tenía que ir a trabajar. De un momento a otro recibí una llamada que acabó con mi tranquilidad.

—Hola, buenas tardes, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Buenas, Catherine, soy Hugo. ¿Estás muy ocupada?

—No, ¿qué ocurre? — le respondí nerviosísima.

—Necesito alguien con quien hablar, ¿podemos vernos? — la voz le temblaba.

—Hugo, ¿cómo tienes mi número? — le pregunté mientras pensaba que lo mismo estaba teniendo contacto con un acosador.

—Lo ponía en la tarjeta que me diste cuando fui a tu oficina.

—Es verdad. Disculpa el malentendido.

—Si no tuviera la necesidad de molestarte, no lo haría. Si quieres nos vemos en un sitio público, donde sea imposible que pueda hacerte algo, pero, por favor, te ruego que quedes conmigo.

—Está bien. ¿Tú dónde estás?

—Estoy llegando a la ciudad. ¿Conoces el parque que está en la antigua fábrica del centro? Suele estar muy transitado a estas horas.

—Creo que sé cuál es, sí.

—Pues si te parece bien, nos vemos allí en un rato. Esperaré lo que haga falta.

—Vale, hasta ahora.

No entendía nada, es cierto que consiguió mi número en la tarjeta del trabajo, lo raro es que acudiese a mí para algo. Me fui a preparar rapidísimo y salí en su encuentro. Quizás fui muy confiada, pero deseaba verlo desde hace días y,

como el día anterior no pude, fue una alegría que me hubiese llamado.

El parque estaba repleto de gente. Eso me dio fuerzas para entrar y quitarme el miedo a que me hiciese algo. No es que pensara que me fuese hacer daño, pero quién sabía. Anduve unos metros y lo vi enseguida, estaba sentado en un banco mirando muy atento su móvil. Me acerqué y me senté a su lado. Me miró con ojos triste, pero sonriendo y, de repente, me dio un abrazo muy fuerte.

—Gracias, Catherine, necesitaba una amiga — ¿de dónde saca que somos amigos? Me gusta la confianza que se toma conmigo.

—Se ve que no estás nada bien, no voy a presionarte. Cuando te encuentres con fuerzas, puedes desahogarte — a mí no me gusta que me presionen cuando estoy mal.

—No sé por dónde empezar a contarte, ahora estoy muy descolocado.

—No hay prisa, tengo toda la tarde para ti.

Hugo respiró fuerte y se levantó. Me ofreció caminar un poco para desestresarse.

Estuvimos un rato paseando y hablando de cosas triviales, se podía ver que era un buen chico. Se iba animando poco a poco, pero estaba anocheciendo y el frío iba llegando. Fue entonces cuando le ofrecí ir a casa a resguardarnos y poder hablar más relajados. Hugo aceptó, por fin le hice sonreír. Cómo aún no confiaba demasiado en él, me mandé un correo a mí misma por si me pasaba algo: “Si no aparezco, busquen a Hugo Velasco”. En caso de que desapareciese, la policía daría con el correo e iría a por él.

—Ahora que tenemos más confianza puedes montarte en mi coche, ¿no?

— bromeó.

—Me voy a montar porque me muero de frío, lo de la confianza aún hay

que trabajarlo.

Hugo se rio. Pilló al vuelo que, pese a mi seriedad, era una broma. Además, con el mensaje me quedé más tranquila.

Su coche se veía muy amplio, de color gris intenso y con tantas funcionalidades que yo me volvería loca. Lo primero que hizo nada más montarse fue activar la calefacción de los asientos. Mi trasero estaba tan calentito... La radio fue la única que emitió sonidos a lo largo de todo el trayecto, estaba muy callado. Seguramente tenía la cabeza en aquello que lo había entristecido tanto. Le indiqué cómo llegar a mi casa. Encontró aparcamiento cerca, a unos metros del portal. Seguía sin decir ni una sola palabra, sólo me seguía hasta casa.

Cuando abrí la puerta de casa, le hice pasar primero. Tenía que ser precavida.

—Bienvenido a mi dulce hogar. Siento si hay algo por medio, pero salí a toda prisa cuando me llamaste.

—Lo entiendo. Yo lo veo genial.

Le enseñé toda la casa y lo invité a sentarse en el sofá mientras yo preparaba un par de cafés. Le preparé la mesa con algunos dulces y me senté a su lado. Tuve que romper ese silencio tan incómodo.

—Y bien, ¿vas a articular palabras o pongo la tele?

—Jajaja, me encuentro mejor, voy a contarte lo que me ha pasado.

Hizo una pausa, respiró y se puso a contármelo todo con seriedad.

—Antes de mudarme aquí, estaba con una chica en mi antigua ciudad, llevaba seis años con ella. Ayer cogí el coche para pasar tiempo juntos. Todo iba perfectamente hasta que hace un rato, me ha soltado que no quiere estar conmigo. Yo estaba en shock, no entendía nada. Le insistí en

que, si había hecho algo, lo arreglaría, que no era la solución. Pero entre lágrimas me confesó que había conocido a otro chico, por lo visto llevaba ya un tiempo quedando con él.

—Para, necesito asimilar las cosas poco a poco. ¿Tenías novia? — lo que yo tenía era cara de ofendida.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué insististe en ir a comer conmigo? ¿Por qué me tonteabas tanto?

—Catherine, en ningún momento quise tontear contigo. Te conocí en la oficina y cuando te vi haciendo barranquismo, pensé que podríamos ser amigos ya que compartimos aficiones. Siento si te hice pensar algo que no era, sólo bromeaba para que te lo pasaras bien.

—Pues yo pensaba que te gustaba...

—No he dicho que no me gustes, ¿a quién no le gustarías? Eres muy guapa e interesante.

A pesar de estar un poco dolida, me sonrojé.

—Perdóname por hacerte vivir esta situación tan incómoda, nunca acierto con los chicos.

—No tienes que pedir perdón, ahora que lo pienso, parecía que tonteaba, sí. Entiende que he llegado nuevo a la ciudad y sólo quería integrarme un poco.

—No pasa nada, lo entiendo. Si quieres podemos poner una película y así olvidar este malentendido. ¿O quieres hablar un poco más del tema?

—No, no me apetece darle más vueltas. Me apetece que veamos una peli.

Elegimos una comedia para quitar el amargor que se saboreaba en el ambiente.

Me sentí como una tonta. La mayoría de los hombres solamente quieren ligar conmigo y desaparecer. De ahí que no me fie de todos, pero Hugo no tenía cara de picaflor; y ahora sé que era porque ya tenía a su amor. Tampoco estoy acostumbrada a que los hombres me cojan de amiga, pero, en fin, siempre hay una primera vez para todo.

Al terminar la película, no veía a Hugo del todo bien y quise darle otro abrazo.

—Anímate, sé que no es un gran consuelo ni es fácil hacerlo, pero no vas a solucionar nada estando así.

—Lo sé, ahora mismo no me apetece ni volver a casa.

—Como has visto, vivo sola, tienes una cama libre en la que dormir.

—Si no te importa, ¿me podría quedar?

— ¡Claro!, te lo estoy ofreciendo.

—Estoy muy cansado y mañana tengo trabajo, me voy a acostar ya.

— ¿No quieres comer nada?

—No me apetece, tengo el estómago cerrado.

—Vale, yo también debería de acostarme ya.

Unas horas atrás no confiaba mucho en él y, en ese momento, me apeteció invitarlo a dormir. Me dio mucha pena entonces, pero, ahora que lo pienso, fui un poco inconsciente. La conexión que sentía con él era demasiado intensa, me costaba negarme a ayudarlo.

Recogí la mesa y fui al baño a cepillarme los dientes. Ya sólo me quedaba ponerme el pijama. Fui a la habitación a por la ropa, cuando me encontré a Hugo tumbado en mi cama.

— ¿Te importa que duerma a tu lado? No quiero dormir solo.

—Cla...Claro que no, cabemos los dos de sobra.

Cogí mi pijama y me metí de nuevo en el baño a cambiarme. Me miré fijamente en el espejo. ¿Y si quería algo más que dormir? ¿Qué haría si me metiese mano? Me regañé para dejar de fantasear y me dispuse a ir a la cama.

Me metí con cuidado en la cama. Me sentía incómoda, no sabía que postura coger para no incordiar. Aunque Hugo tenía los ojos cerrados, sabía que aún estaba despierto. Aproveché que vi que se acostó con la misma ropa para empezar una conversación

- ¿Quieres que te preste un pijama? — le dije entre risas.
- Pues no sería mala idea, pero no me caben, seguro.
- Inténtalo, seguro que estiran un poco.
- Ahora que descanse unos minutos y pueda levantarme.

Le noté la voz muy apagada y preferí dejarlo descansar. Me di la vuelta poniéndome de espaldas a él y cerré los ojos.

A la mañana siguiente, me desperté antes de que sonara el despertador. Su brazo estaba rodeando mi cintura y su cuerpo, pegado al mío. Disfruté cada segundo de ese momento, llevaba mucho tiempo despertándome sola; echaba de menos esa sensación. Al poco tiempo, empezó mi popurrí de despertadores y Hugo pegó un bote en la cama.

- ¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?
- Son las 6, disculpa por el ruido, sigue durmiendo si quieres — le dije mientras tapaba mi cara con la sábana.
- Muchas gracias, tenía que despertarme a esta hora y, justo antes de dormir, puse el móvil en silencio. Suerte que ayer estaba arreglado y puedo ir así a trabajar.

Recién levantado está más guapo que nunca, yo no me atreví a enseñar mi cara. Se levantó y fue al servicio a prepararse. Después, iba de un lado a otro

de la casa, no sé qué haría, pero tardó un buen rato, se escuchó hasta el sonido del secador.

Abrió la puerta de la habitación y estaba reluciente. Su ropa no tenía ni una arruga, su pelo estaba perfecto y su cara brillaba por sí sola.

—Siento decirte que tengo que irme, becaria.

—Fíjate tú qué pena me da, voy a llorar — le dije irónicamente.

Se acercó a la cama y me dio un beso en la frente.

—Gracias por tu hospitalidad. Te lo recompensaré.

—No hace falta, para eso estamos los amigos, ¿no?

—Bueno, tengo que salir ya. Hasta pronto, amiga mía — me dijo acompañado de un guiño de ojo.

Escuché cómo se cerraba la puerta. Ya podía levantarme de la cama y empezar a prepararme yo.

En ese momento pensé que tenía que empezar a verlo como un buen amigo, aún no me había dado tiempo a ilusionarme con estar con él; pero es demasiado atractivo y me iba a costar mucho no sentirme atraída.

En mi cabeza no dejaba de retumbar una frase: No he dicho que no me gustes, ¿a quién no le gustarías? Lo único que sabía es que le podría llegar a gustar, algún día.



Capítulo 6

Después de la noche que pasé Hugo, estaba bastante desilusionada. Necesitaba a alguien con quien hablar, así que no dudé en llamar a mi tía con la excusa de ir a su casa a comer. No hice mi descanso para el almuerzo en el trabajo, preferí adelantar y salir un poco antes. Mi jefe te exige unas tareas mínimas al día y, una vez realizadas, puedes irte a casa.

Aun así, cuando llegué a casa de mi tía, ya habían terminado de comer y tuve que hacerlo sola.

—Mi niña preciosa, ya era hora de que te pasaras por aquí.

—Sabes que estoy muy liada, tita.

— ¿Las 24 horas?

—Tú me entiendes, casi todo el día hasta la tarde. Cuando llego, lo que me apetece es descansar.

— ¡Dónde vas a descansar mejor que aquí! — me insistía mi tía — Siéntate que ahora te sirvo la comida. Disculpa por no esperarte, teníamos mucha hambre y no sabíamos a qué hora ibas a llegar.

—No hay de qué preocuparse. Sólo quiero comer, ya sea sola o acompañada, también ando con bastante hambre.

Mi tía acarició mi mejilla. Me sonrió y fue a por mi plato.

Siempre que voy, me prepara canelones rellenos de espinacas y setas. Cuando hacíamos una comida familiar, mi padre era el que los preparaba. Aún recuerdo el rico sabor con el que a todos enamoraba, era todo un maestro de la cocina. Aunque mi tía intenta que les salgan igual, sabe que eso es muy complicado. Se puede copiar una receta, pero el toque es único en cada persona. Mi padre siempre me servía los canelones con un poco de queso

fundido al lado, a parte del que ya tenían por encima y cebolla en trocitos porque así se los comía él. Solía imitarlo siempre en todo.

—Espero que los disfrutes. Ahí tienes picos, por si quieres.

Los probé y estaba en la gloria... Nunca me casaré de ese sabor celestial. No puedo evitar soltar las lagrimillas cada vez que los como, es como mi ritual. Parecerá una tontería, pero un simple plato de comida me hace sentirme arropada.

—Tita, los preparas genial. Están riquísimos.

— ¿Te llegó a contar tu padre cuando fue la primera vez que los hizo?

—Creo que no, o al menos no lo recuerdo.

—A tu padre le encantaba cocinar desde que era muy jovencito. Cuando se enteró de que iba a ser papá, quiso sorprender a todos haciendo una cena para dar la buena noticia; estaba muy emocionado. Quería hacer un plato principal que ninguno olvidásemos, así que estuvo yendo a ratitos, durante toda la semana, a la biblioteca a leer libros de recetas. El día anterior a la cena, descubrió estos maravillosos canelones y, a pesar de no haberlos practicados, los cocinó para nosotros. Se podría decir que los preparaba especialmente por ti — contó orgullosa.

— ¿De verdad? Si mi padre me hubiese contado eso, no lo hubiese olvidado en mi vida.

—Seguro que lo guardaba para contarlo en una ocasión especial.

Nos pasamos toda la comida recordando anécdotas divertidas de papá. Era un hombre astuto, calculador, con carácter y hábil en los negocios; mientras que en casa era divertido, despistado y muy cariñoso. Cuando pienso en el chico de mis sueños, desearía que tuviese cosas en común con él, que se le pareciese en algo. En realidad, pese a gustarme que así fuese, lo veo tan

imposible que nunca es lo que he ido buscando. A partir de ahora, lo tendré en cuenta para que no me salgan tan ranas.

En el momento en el que mi tía me ofreció tomar café, supe que era la oportunidad perfecta para contarle cómo me sentía con respecto a Hugo.

—Uno de los motivos por los que he venido ha sido para hablar sobre un chico. Siento haber tardado tanto en sacar el tema. La verdad es que no tengo mucho que contar, pero necesito que alguien me ayude a aclarar mis ideas.

Los ojos se le abrieron como platos, nunca le hablaba de chicos tan directamente.

— ¿Tienes novio? ¿Desde cuándo? — se le veía emocionada.

—No, tita, no es mi novio, es un chico que la verdad es que me gusta bastante.

— ¿Y qué le pasa a ese chico? ¿Tiene tan mal gusto que ni te mira? — preguntó enfadada.

—Pues resulta que pensé que también se había fijado en mí; hasta que un día me enteré de que tenía novia y que sólo quería ser mi amigo.

— ¿Desde cuándo lo conoces? Lo mismo no le ha dado tiempo a descubrir todo lo que tienes que dar.

—Desde hace poco más de dos semanas.

— ¿De qué lo conoces?

— ¿Te acuerdas de que te dije que mi primer cliente me cayó un poco mal?

—Sí, justo antes de dejarte en casa. Que, por cierto, me tienes que terminar de contar cómo te fue.

—Pues de quién quiero hablarte es de él — mis mejillas se sonrojaron al

momento.

Esta mujer iba para policía, no había quién la parara cuando estaba muy interesada en algo. Le conté todo lo que sabéis sobre Hugo y parecía encantadísima con él.

—Ese chico me parece muy interesante, puedes llevar una buena vida a su lado.

—No necesito que nadie me solucione la vida — le contesté molesta y mirándola de reojo.

—A ver, sé que eres independiente y eso me gusta, pero, cuanto más te pueda aportar una persona, mejor lo veré yo para ti. Suena feo, sí, no obstante, es lo que pienso — dijo mientras alzaba su cabeza con dignidad.

— ¿Y qué piensas de su actitud conmigo?

— ¿Qué actitud, Catherine? Se molestó porque no miraste por dónde ibas, bromeó contigo cuando te vio y contó con tu apoyo cuando más lo necesitaba. Yo no lo veo mal chico, es sólo que a ti te gustan las cosas más simples y fáciles de entender.

— ¿Crees que le puedo llegar a gustar? — pregunté con miedo a escuchar la respuesta.

—Y me lo preguntas a mí... A tu principal enamorada... Catherine, no te ilusiones ni te preocupes tan rápido, ni siquiera lo conoces. Disfruta del momento a su lado, lo mismo resulta ser un buen amigo, no un buen amante.

—Tienes razón. ¿Qué harías tú?

—Ya te lo he dicho, deja las tonterías a un lado y si tan obsesionada estás, llámalo y deja de preguntarte las cosas mil veces. ¡Coge el teléfono y marca su número! — me dijo mientras me acercaba mi bolso.

Seguí el consejo de mi tía y lo llamé. No podía aguantarme más las ganas de

sentirlo cerca. Para una vez que me atrevía a hacerlo, el teléfono estaba comunicando.

—No ha habido suerte...

—Lo intentas más tarde, ¡no te empieces ya a montar películas, que nos conocemos!

—Seguro que ha vuelto con su ex, ni un mensaje me ha escrito... — comenté triste.

—Ese chico tiene una vida, a ti aún solo te ha abierto un poquito la puerta. Ten paciencia que te dejará entrar poco a poco.

Sonreí a mi tía y como si los dioses me hubiesen escuchado, recibí un mensaje.

“No podía atenderte, ¿estás bien?”

No tardé en responderle.

“Estoy bien, sólo quería que quedásemos para ir a cenar juntos.”

Esa vez sí se cenaría, en casa no quiso ni probar bocado de nada. Su respuesta fue inmediata y afirmativa.

“Cuando acabe, paso por tu casa a buscarte.”

“No estoy en casa, te mando mi ubicación.”

“Genial. No tardaré mucho. Te daré un toque cuando esté fuera.”

Mi tía insistía en conocerlo.

—Tita, ¡qué vergüenza!

—Si quiere ser tu amigo, o algo más, debe integrarse en la familia. Es ley de vida.

- ¡Si apenas me ha visto a mí!
- No sales de aquí hasta que entre él a buscarte.
- Como eres... — suspiré.

Mi tía era capaz de ponerse en la puerta y aplacarme si intentaba salir. Me avergonzaba pensar en Hugo observando esa escena tan surrealista.

Mientras él llegaba, mi tía me estuvo poniendo al día sobre mis primos. A Julio, el mayor, le ha ido muy bien en la Universidad. Se gradúa este año, en medicina y le han asegurado ya una plaza en un hospital privado. Por otro lado, está Alberto con sus dificultades académicas, pero tiene una gran habilidad con los deportes. Alberto, a pesar de que le cueste estudiar, ha entrado en la carrera de educación física y se está esforzando mucho por terminarla.

Sobre las 8 y media, Hugo llegó y me dio un toque al móvil para avisarme. Salí a saludarlo, tras prometerle a mi tía que lo haría pasar.

- Hugo, me da vergüenza pedirte una cosa, pero... Mi tía quiere conocerte... ¿Podrías entrar a saludarla? — mi tono era muy bajo, no era algo que quisiese pedirle.
- ¿No vas demasiado rápido? — bromeó con cara de aguantarse la risa.
- ¡No seas bobo! Venga, porfi, no me dejará irme hasta que lo hagas — le puse mi cara de perrito abandonado para ver si le daba pena.
- ¡Hombre, Hugo, es todo un honor! Soy Lidia — interrumpió mi tía con aires de diva y fue directa a darle dos besos.
- Tita...
- No te preocupes, cari, tengo que conocer a tu familia — respondió Hugo sonriendo mientras me guiñaba un ojo. ¿Cari? Le encanta hacerme enfadar.

— ¿Qué dices de cari? ¡No inventes!

—Deja al muchacho, acaba de ganar puntos conmigo. Venga, Hugo, entra que te pongo un café.

—Sin ánimo de parecer irrespetuoso, prefiero ir a un sitio bonito con tu sobrina y así tomar el aire — dijo educadamente Hugo.

Mi tía se quedó de piedra. Los ojos le brillaban. Me miró boquiabierta y no dudó en dejarnos ir.

— ¡Iros a pasear ya, no perdáis más el tiempo! Volved cuando queráis, esta es vuestra casa.

Una cosa tiene ellos en común, sea como sea, consiguen lo que quieren. Ella no ha parado hasta que lo ha conocido y besado. Él, por su parte, utiliza sus encantos para ir de caballero y escaquearse. ¡Qué dos! Aunque esta batalla la ha ganado Hugo. Pudo con la mujer más insistente del mundo. Yo estaba flipando, este chico tiene una capacidad enorme para convencer a los demás. Gracias a él, pudimos irnos en su coche, lejos del drama con patas.

Estuve hablándole a Hugo un poco sobre mi tía, le había caído bien. Yo hablaba y él reía, no le gusta distraerse mucho al volante, según me advirtió. Ni siquiera me comentó teníamos un destino para cenar, pero al parecer, Hugo sabía muy bien dónde me llevaba.

A la media hora, paró el coche y me abrió la puerta para salir de él. Un aparcacoches se acercó, él le dio sus llaves del coche para que se lo aparcase en el parking privado del restaurante. Me había llevado a cenar a un sitio que, por lo que ya había oído antes, era bastante caro. Resultó que había reservado una mesa para los dos antes de venir a buscarme. Era todo muy especial, aun así, no podía dejar de pensar en que no era más que su amiga.

El restaurante estaba ambientado en la antigua Roma. Tenía columnas al

estilo de los templos romanos e imitaciones de famosas esculturas. Nuestra mesa estaba al lado de la estatua de “Augusto de Prima Porta”, pero mi escultura preferida, sin duda, fue la de “Brutus Barberini”. El sitio era de lo más pijo, no había un mantel con la mínima arruguita ni, mucho menos, una silla mal colocada,

El resto de la noche fue un auténtico asco. Estuvo toda la cena contándome cómo estaba por lo de su exnovia, qué cosas echaba de menos de estar con ella, en qué le había beneficiado el fin de su relación, qué actividades hacía con ella... Un puto coñazo todo. Yo le intentaba cambiar de tema, pero, por algún motivo, su ex tenía algún tipo de relación con todas las cosas de este planeta. Fue tan agobiante que no me apetece mucho recordar esa cena, así que no haré mucho hincapié en ella.

No pude ni saborear la comida, mi estómago se iba cerrando cada vez más. No recuerdo ni cómo se llamaba lo que pedimos, sólo sé que era una especie de risotto y un poco de puré de patatas.

Esperé a ver que terminaba de comer para decirle que no me encontraba muy bien. Insistió en llevarme a urgencias, pero le convencí de que no era nada grave y me acercó a casa. Me daba lástima pensar que gastó dinero en vano, no tenía culpa de que no me agradara el tema. En esos momentos me di por vencida con él. No es que hubiese luchado mucho, pero sabía que era una batalla muy complicada de ganar. No sabía si iba a poder soportar a una persona que basaba su existencia en su vivencia con otra.



Capítulo 7

Llevaba algún tiempo evitando a Hugo. Estaba muy molesta por lo de la cena, se llevó todo el tiempo hablando de su ex. Le colgué todas las veces que me llamó al móvil, pensé incluso en llamar a la compañía para restringir sus llamadas.

En la oficina, pude ocupar mi mente en otras cosas y dejar de pensar en lo ocurrido con Hugo. Aunque mi tranquilidad no duró mucho, mi jefe acabó con ella.

—Catherine, recuerda que hoy tiene reunión con el señor Velasco.

— ¿Un nuevo cliente? — se me había pasado ver que tenía ese día en mi agenda.

—No, ¿dónde tienes la cabeza? Hugo Velasco — su tono se vio bastante molesto.

—Ah sí, perdona, lo que pasa es que insistió en que le llamase Hugo solamente — acompañé mis palabras con una sonrisa.

Pude salir de esa situación tan tensa con la aclaración. Aunque me parecía más tenso el pensar en encontrarme con él de frente y tenerle que dar explicaciones. Era consciente de que no podía librarme de él para siempre, era uno de mis clientes.

Me llevé toda la mañana inquieta sin saber cómo iba a pasar de él, ya que no iba a poder mirarlo sin más. ¿Por qué le daba tanta importancia a una simple amistad? Si al menos hubiera pasado algo entre nosotros, lo habría entendido. A pesar de todo eso, tuve que ir a la reunión y afrontar el problema cara a cara. Los negocios van antes que mis paranoias.

—Buenos días, señor Velasco — usé un tono serio y puse cara de mujer de

negocios.

—Hola, becaria. Me alegra mucho saber que estás viva — estaba un poco molesto.

—No creo que deba darle explicaciones a un cliente. Sabrás que estoy viva o muerta una vez pises esta oficina. Y, por cierto, no me digas becaria, me debes un mínimo de respeto.

—No seas injusta conmigo, Catherine, necesito saber, al menos, qué te he hecho. No entiendo nada — me rogó.

—Mira, Hugo, me parece muy bien tener amigos tan buenos como tú, pero no voy a aguantar una amistad basada en personas ajenas a nosotros.

—No te entiendo, no hay nadie más entre nosotros.

— ¿Te parece normal invitarme a cenar y llevarte toda la cena hablando de tu ex? Es que no había tema en el que no la sacases. Me parece que la broma tuvo su límite.

— ¿De verdad hice eso? Joder, soy un idiota. Está todo tan reciente que ni me doy cuenta.

—Yo lo siento, pero eso ya fue demasiado para mí. Si lo haces sin darte cuenta, ¿quién me asegura que todas nuestras quedadas no serán iguales?

—Sé que no me porté del todo bien, pero acabo de romper con mi novia de hace seis años, es normal que hable de eso con mis amigos. Me pasé haciéndolo toda la cena, aun así, ¿no crees que estás exagerando un poco?

En ese momento me quedé un poco pillada. Lo estaba tratando como si de un nuevo novio se tratase y, en realidad, no estábamos más que empezando una amistad.

—Catherine, ¿estás bien? Te has quedado muy callada.

—Sí, disculpa. Supongo que yo con mis amistades soy un poco intensa.

Mejor no le demos más importancia — después de mi reflexión, me pareció lo más correcto.

— ¿En serio? No sabes la alegría que me das — expresó con una sonrisa encantadora.

—Dejemos por ahora esto a un lado, pero sin olvidar que me debes una cena en condiciones. Y ahora, hablemos de tu producto.

—Jajaja, genial.

La reunión fue maravillosamente bien, llegamos a muchos acuerdos para la promoción de su producto. Seguramente ganaría muchísimo dinero con él y, si conseguía eso, me aseguraría mi puesto fijo aquí durante una gran cantidad de años. Una de las cosas que me gustan de Hugo es su seriedad cuando habla de negocios. A mí me cuesta un poco más olvidarme de que lo conozco personalmente, pero él sabe muy bien cómo comportarse.

Al finalizar la reunión, se despidió con un fuerte apretón de manos y se fue de mi despacho. Yo, por mi parte, recogí la oficina.

Una vez recogida, no aguantaba más, necesitaba ir al servicio, me iba a orinar encima. No puedo evitar beber mucha agua en este tipo de reuniones, se habla muchísimo y el beber tanto después pasa factura.

Entré en el servicio y no había nadie, lo tenía para mí solita. El retrete está siempre muy limpio. La sorpresa me la llevé cuando, al salir de este, vi a Hugo esperándome en el lavabo.

— ¿Qué haces aquí? No puedes estar aquí dentro — dije tembloroso.

Lo primero que hizo Hugo fue acercarse a la puerta y poner el cerrojo. No articuló palabra alguna mientras lo hacía. Después de comerme tantas películas de miedo, llegué a pensar que era un sicópata. ¿Quién se mete en el cuarto de baño de mujeres si no es para matarlas o torturarlas? Sólo las

propias mujeres y, a veces, ni nosotras mismas nos dejamos íntegras. Me temblaban las piernas.

—Necesitaba aclarar la situación de antes. Me raya pensar que estuvieras celosa de mi ex.

— ¿Celosa? ¿Desde cuándo las amigas se ponen celosas de eso?

Se empezó a acercar poco a poco a mí, entretanto, yo iba retrocediendo. Llegué a un punto en el que choqué con la pared y empecé a rezar en mi interior, por alguna razón, supe que ese iba a ser mi fin. No fui capaz ni de mirarlo a la cara. Podría haberme encerrado en el retrete, pero mi cabeza no dio para más en ese momento de tensión.

— ¡No me hagas daño! ¡Haré todo lo que tú quieras! — mis lágrimas estaban a punto de brotar.

—No te voy a hacer daño, pero me gusta eso de que harás todo lo que yo quiera — ese tono seductor era nuevo en él.

— ¡No me tortures, por favor, si vas a hacerme algo, que sea rápido!

— ¿Es para ti una tortura que te bese?

Fue entonces cuando lo miré fijamente a los ojos y vi que había estado exagerando, como siempre. Su mirada mataba, pero no en el sentido en el que me había imaginado. Apoyó su frente en la mía y me agarró de la cintura. Su cuerpo cada vez estaba más cerca y mi inquietud era cada vez mayor. Su respiración era muy intensa. Pegó su nariz a la mía sin dejar de mirarme fijamente a los ojos y, cuando terminó de acercar su cuerpo, me besó rápida y apasionadamente.

Estaba en las nubes, sus labios eran suaves y carnosos. Podría llevarme años besándolos sin parar.

— ¿Te gusta tu tortura? — me susurró al oído mientras me mordía la oreja.

—Me encanta. Me podrías torturar a diario.

—Por mí, encantado.

Nos fundíamos en besos apasionados. No tardé mucho en comprobar que estaba muy excitado y que la cosa iba subiendo de tono. Le gustaba ir de mi boca a mi cuello, mordiendo este último. Sus manos estaban dentro de mi ropa. Una de ella estaba por dentro de mi pantalón, tocando mi trasero; y la otra, por dentro de mi blusa recorriendo el lateral de mi abdomen.

Todo era genial hasta que nos interrumpieron llamando a la puerta.

—Hugo, para. Están llamando a la puerta — le dije cual adolescente que iba a ser pillada en los lavabos de un instituto.

—Tendrán que esperar, ya se nos ocurrirá algo luego.

Era incapaz de calmarse, parecía que la situación le ponía aún más. Me hubiese gustado ir más de malota, pero mi empleo estaba en juego si nos pillaban.

—Hugo, por favor, podría meterme en problemas — le rogué.

—Está bien, pero me has dejado muy malito, esto hay que acabarlo.

—Ya hablaremos de ello, ahora ayúdame a salir de esta situación. Podrías esconderte en el inodoro mientras yo entretengo a quien vaya a entrar, después tú sales.

—Suena divertido.

—No hagas ruido, por favor.

—No lo haré. Confía en mí.

Fue de esa manera como lo hicimos. Fui a abrir mientras que él estaba escondido tras la puerta del retrete. Había una chica esperando.

—Disculpa, me sentía muy mal y sólo quería estar sola.

— ¿Necesitas ayuda?

Me puse a hablar con la chica que entró sobre lo duro que era el trabajo y cosas así. Tenía que magnificar de manera negativa mi situación laboral para que colase. La chica me dedicaba palabras con las que intentaba subirme el ánimo.

Ya llevábamos un rato hablando e hice un ruido con la garganta para que Hugo saliese. Aunque no nos resultó tan sencillo como en las películas. Cuando Hugo fue a abrir para salir del inodoro, la mirada de la chica se fue hacia donde él estaba. Por lo tanto, no me quedó más remedio que abrazarla girándola hacia mí y fingir que lloraba.

—No me dejes sola, por favor, te lo ruego — le dije entre lamentos.

—Tranquila, no pasa nada, todo tiene solución.

—No creo que mi problema la tenga, es demasiado fuerte.

—Si estás tan mal, puedo acompañarte a que te tomes algo y te tranquilices. Creo que el baño no va a hacer que mejores, necesitas ir a un lugar más alegre.

Hugo salió escopetado y respiré aliviada. ¿Cómo iba ahora a irme sin más? Iba a quedar como una loca, pero no iba a hacer ese papel durante horas.

—Gracias por el abrazo, ya estoy mejor. Voy a volver al trabajo para despejarme. Estoy por la oficina si necesitas algo. Hasta luego.

Le sonreí y me fui corriendo de allí, me moría de vergüenza. Iba a ser yo quién matara a Hugo, ya que él no lo había hecho.

Salí en busca de Hugo, pero no lo vi más por allí. No estaba físicamente, aunque no dejó de meterse en mis pensamientos. No me podía creer aún que hubiese ocurrido eso entre nosotros. Quizás parece exagerado que un simple

beso me diese tanto en qué pensar, pero no me esperaba para nada que Hugo tuviera ningún interés en mí, como algo más que su amiga. Sólo espero que él no busque tener simplemente un rollo, yo ya no estaba para esas niñerías.



Capítulo 8

Y llegó el gran día, os vais a enterar que hago colgada de un barranco. Desde ese primer beso, Hugo y yo nos estuvimos enviando mensajes. El problema es que nuestros horarios, entre semana, no encajan muy bien. No pasábamos más allá del “Hola, qué tal”. Al menos sabíamos que el otro estaba bien.

No me pude aguantar mucho más tiempo sin saber realmente qué iba a pasar, no tengo paciencia para estos temas. Hoy, nada más me levanté, lo llamé.

—Buenísimos días — contestó con voz de recién levantado.

— ¿Te he despertado? Jo, lo siento.

—Me iba a levantar ya mismo, no hay problema. Bueno, dime, ¿para qué me has llamado?

—Me preguntaba si te apetecía que hiciéramos algo juntos hoy.

—Yo ya tenía planes para hoy.

—Ah, entonces otro día será.

—Puedes venir conmigo si quieres. Sabes que me encantaría.

— ¿Ir dónde?

—Pues a hacer barranquismo, me he levantado con muchas ganas de ir al club.

— ¿Tú y yo? ¿Estás seguro? Yo apenas sé lo básico.

—Yo soy un experto, seré quién te termine de enseñar.

—Genial. ¿Dónde quedamos?

—En una hora me acerco por allí y te recojo.

—De acuerdo, hasta ahora.

Hugo haciendo de monitor... No sabía qué actitud esperar de él. Cada momento que paso a su lado me sorprende más. Aún no le termino de

descifrar muy bien. Cómo os podréis imaginar, hoy iba a conocer más facetas de él.

Había pasado justo una hora desde que colgamos y, efectivamente, estaba ya abajo esperándome. A mí aún me quedaban unos diez minutos para terminar, que espere. No es que yo sea impuntual, es que este chico es demasiado puntual.

Al entrar en el coche, pude ver mejor su look deportivo. Estaba para comérselo entero y no dejar ni los huesos. La mirada se me fue directa para su zona íntima, quién se embarcara en esa odisea.

— ¿No me vas a dar dos besos? O uno, como prefieras — me miró intensamente.

—Sí, con dos ya vas bien servido — qué malvada soy.

Le di dos besos, uno en cada mejilla. Tenía ganas de jugar un ratito con él. Se le vio en la cara que se lo había tomado como una broma, o al menos, eso pensaba yo. El caso es que soltó una risita y no tardó en arrancar el coche.

Cuando conduce no solemos hablar mucho. Hugo prefiere estar atento a la carretera. Yo me entretengo observando el paisaje y, además, me gusta encargarme de ir cambiando las emisoras de la radio.

El camino se me hizo más ameno que cuando fui en autobús. No hay duda de que la compañía y la comodidad pueden hacer que un viaje sea mucho más agradable.

Cuando llegamos, caí en algo muy importante que debía de comentarle a Hugo.

—Ahora que lo pienso, no traigo equipamiento para practicar barranquismo — si quiere seguir siendo mi amigo, debe acostumbrarse a

mis despistes.

—Supuse que no tendrías, así que traje equipamiento de sobra para los dos. No te vas a librar, de todas maneras, aquí se puede alquilar.

—No pensaba librarme, listo.

— ¡Qué razón tienes! Ni pensabas en eso ni piensas en nada — se reía creyéndose malote.

Le pegué en el brazo para que se enterará con quién se estaba metiendo. Tras la agresión, nos fuimos a los vestuarios a cambiarnos. Su equipamiento me quedaba muy bien, el problema eran los zapatos. Mis pies son más pequeños que los suyos y su calzado me volaba bastante. En el curso de principiante nos dijeron que era muy importante que el calzado nos quedara bien y nos apretase los tobillos.

Fui al coche a dejar mi ropa y a comentarle lo de los zapatos a Hugo. Él ya había terminado desde hace rato y estaba esperándome allí.

—Necesito ir a alquilar unos zapatos, los tuyos me quedan grandes.

—Me lo imaginé. Ve tú a eso que yo mientras estaré en la cafetería pidiendo el desayuno. Tenemos que coger muchas fuerzas para rendir en condiciones.

El alquiler del calzado es bastante caro. Pero bueno, todo sea por pasar un día genial con él.

Llegué a la cafetería y me quedé asombrada al ver tanta comida sobre la mesa, no sé qué tanto deporte quería que hiciésemos hoy. No pude comer casi nada, no estoy acostumbrada a desayunar fuerte y era demasiado para mí. Me tomé un croissant con jamón york y queso, un plátano y un café. Hugo comió el doble o, incluso, el triple más que yo, no sé cómo mantiene la línea.

Fue terminar de comer y salir a por todas. Es el día perfecto, el sol no pega

mucho y no hace nada de viento. Es importante también que no hubiese llovido en los días anteriores, así las piedras se mantenían secas.

Hugo iba guiándome. Me prometió que no cogeríamos una ruta muy complicada para mí, aunque también me advirtió que iba a ser más pesada que la de principiantes. Me estuvo enseñando trucos que se van aprendiendo con la experiencia. También me estuvo describiendo los barrancos para que tuviese criterio propio a la hora de elegir uno. Se notaba que entendía demasiado sobre el tema y a mí se me caía la baba sólo de escucharlo.

Nos dispusimos a subir el primer barranco que él había elegido y, para mi sorpresa, me dejó hacerlo sola. Él iba detrás de mí. Aprovechó cada momento para ayudarme empujando de mí, empujando mi trasero. Este se cree que soy tonta o algo, pero, en el fondo, me gusta porque lo está haciendo él. Se llevó toda la mañana aprovechando para agarrarme de la cintura y pegarse a mí. Se notaba que quería tocar, a lo tonto, todo mi cuerpo.

Me hubiese gustado que me besara, tanto acercamiento y tan poco cariño. A mí no me gustan las relaciones tan frías, necesito que me aclare lo que siente por mí.

Conforme iba pasando el día, iba recuperando su humor de idiota. Estaba bien que supiese tanto y estuviese tan atento, pero a veces se pasaba de enterado. Me decía cosas tipo:

— ¿Qué es una piedra colgada de un barranco?

—No lo sé, ¿qué es?

—Tú jajaja.

— ¡Qué dices, idiota! ¿por qué una piedra?

—Porque tiene la misma habilidad que tú, jajaja.

Sé que no soy la más hábil en este deporte, pero se había pasado tres pueblos.

Se pasó contando ese tipo de chistes entre barranco y barranco. La verdad es que me estaba cabreando bastante. La cara me iba cambiando por momentos, cada vez se me veía más cabreada. El subnormal este no se daba ni cuenta. Necesitaba decírselo.

—Mira, Hugo, me estoy cansando de tu actitud — le dije con un tono brusco.

— ¿Qué ocurre? Pensé que lo estábamos pasando bien — dijo extrañado.

—Te lo estás pasando bien tú solito riéndote de mí. No haces otra cosa que echarme en cara que no tengo experiencia en esto.

—Sólo intento que te piques un poco, es mi forma de animar a la gente.

—Tu forma de animarme está pudiendo hoy conmigo.

—Me cuesta creer que unas bromillas de nada te afecten tanto. Eres una chica lista.

—No son en sí las bromas, que también, pero llevas todo el día pegándote a mí. Veo muchos tocamientos y ni una muestra de cariño. Lo único que haces son chistes despectivos.

—Catherine, relájate, si no he tenido muestras de cariño ha sido porque esta mañana, en el coche, te has mostrado distante dándome solo dos besos. Pensé que no querías que se repitiese lo del baño.

—Lo de esta mañana era una broma, eso sí que se considera broma. Lo tuyo ya está a otro nivel.

—Eso que dices no es justo. ¿Qué pasa, quieres que te bese?

—No, ya no. Y menos si encima tienes la cara de pedírmelo, como si eso se tuviera que pedir.

—Pues ya no te lo doy. Te aguantas.

—Esto es ridículo. Mejor volvamos a casa.

— ¡Qué tonta eres! Ven aquí.

Me cogió del brazo y me acercó hacia él. Acarició mi mejilla izquierda y se quedó un rato mirándome a los ojos. Empezó a susurrarme.

—Si quieres que me calle, no hablaré, pero no me quites la oportunidad de tenerte cerca todo el día.

—Me conformo con que no cuentes esos chistes. Yo también quiero terminar el día a tu lado.

Sonrió y me besó suavemente. No cerraba los ojos para poder observar su rostro mientras lo hacía. Era digno de ser grabado: en lo alto de un magnífico barranco y con el día tan estupendo que hacía, los dos besándonos como si sólo existiéramos nosotros.

No sé cuánto tiempo pasó, estaba tan sumergida en el beso que ni me percaté de ello. Volví al mundo real cuando paró de besarme.

—Te voy a llevar al barranco más bonito de todos, al que me gusta ir cuando no tengo un buen día.

Caminamos unos veinte minutos, cogidos de la mano, mientras nos íbamos acercando al borde de un precipicio.

— ¿Preparada para el descenso más alucinante de tu vida?

—Supongo que sí, no creo que dejes que me pase nada.

—No, aún no me he aprovechado lo suficiente de ti.

—Nadie te lo impide.

—Pues entonces, agárrate fuerte y verás.

Me bajó con él, me llevaba agarrada como lo hacía el monitor.

Las vistas eran inimaginables, mágicas. El único inconveniente era que estaba demasiado alto y me estaba dando muchísimo vértigo. Me dejé manejar por él. No me hubiese atrevido a bajar sola, pero Hugo me da mucha confianza.

Para mi sorpresa, no tardó mucho en hacer de las suyas.

Nos faltaban aún unos cuantos metros para llegar al suelo, cuando se pegó contra mi espalda y empezó a besarme el cuello. No era el mejor momento para bajar la guardia y que nos flaquease el cuerpo. Entretanto, me pasaba la mano por el pecho, recorriendo todo mi torso. Tenía una sensación agrisada, me estaba poniendo cachonda, pero, a la vez, tenía mucho miedo.

Y aquí es dónde llega lo interesante, pues de los nervios se me ha resbalado un pie y he perdido la calma. Es ahora cuando me encuentro colgada de un barranco con un idiota.

— ¡Ahhh! ¡Bájame de aquí, idiota!

—Relájate y disfruta. Tenemos pendiente lo que no llegamos a terminar en el baño.

Me está agarrando bien para recolocarme. En estos momentos, no siento nada de miedo.



Capítulo 9

Siento muchos calores en mis zonas íntimas. Deseo que nos quitemos todo el equipamiento y así poder disfrutar de su cuerpo. La altura ahora mismo me da igual, solo quiero follar con él. Su forma de hablar es demasiado sensual.

—No me dejes así, necesito más.

Mi respiración cada vez es más intensa. No puedo negarme a semejante hombre.

—Déjame disfrutar de ti mientras estés indefensa. Sé mi becaria, mi inocente becaria.

—Bajemos. ¡Quítamelo todo!

—No hables tan fuerte o nos pueden pillar.

—Me gusta el peligro, ¿a ti no? — yo misma me sorprendo de lo que digo

—Me encanta, pero más me gusta tu cuerpo.

Le estoy cogiendo el gusto a sentir el peligro de estar a metros del suelo y de que nos puedan pillar. Hace que mi culote esté cada vez más empapado.

Hugo no deja de manosearme, parece que tiene experiencia en meter mano sin que las cuerdas le estorben. Pasa su mano por encima del arnés, por delante, por dónde está mi vagina. Se para y aprieta fuerte para que sienta que está tocando por ahí. Tengo ahora mismo tanta sensibilidad en la zona que cualquier mínimo movimiento me hace gozar.

Está cambiando su mano juguetona de sitio. Ahora está sobre uno de mis pechos y le gusta apretarlo bien fuerte. Esta sensación de dolor placentera no la había sentido antes.

—El traje de neopreno pegado a tu cuerpo hace que tenga más ganas de follarte.

—No aguanto, dame más.

—Está bien, te voy a hacer disfrutar como nunca lo han hecho.

Estamos bajando juntos y es incapaz de alejarse mucho de mí, a pesar de su experiencia. Aprovecha para estar un poco más abajo, para y mete su mano entre mis piernas.

—Me encantan tus muslos, se ven bien ricos.

Llega abajo y a mí aún me quedan unos centímetros. Me coge en brazos en posición vertical, frente a él y empieza a bajarme. Cuando mis pechos están a la altura de su boca, para. Su boca se acerca a mis pechos y empieza a mordisquearlos.

—Debes darme de esto todos los días, hasta con ropa da gusto tenerlos en la boca.

—Son todos tuyos, a ellos también les gusta tu boquita.

Parece que decirle eso le ha encendido un poco más la llama de la pasión. Ha empezado a subir su boca por todo mi cuello y está besándome salvajemente.

Se para a quitarme las cuerdas y el arnés. Ahora, se quita lo suyo. Me muestra las cuerdas mientras me mira con picardía y se muerde el labio.

— ¿Quieres que las usemos?

—Muéstrame tus habilidades con ellas.

Acerca su pelvis a la mía. Con estos trajes, se nota y se siente todo. Lo único que tengo claro es que tiene una buena polla.

— ¿Te has metido una boa en los pantalones o es tu polla?

—Es toda mía, ¿te apetece conocerla?

—Sería todo un placer.

Empieza a quitarse el traje, ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado que estuviese tan bueno. Ya el traje le marcaba bien todo, pero sin él mejora muchísimo. Su enorme polla empuja la tela de su bóxer.

—Ayúdame a desnudarme.

—No hay cosa que más desee ahora mismo.

Me siento libre en estos momentos, pero quiero que me posea.

Empiezo a tocarle el torso fascinada y cada vez más caliente. Su polla roza mi vagina y siento un cosquilleo tentador.

—Es hora de usar las cuerdas.

Me da media vuelta, me empuja hacia delante y me azota en el trasero. No deja de subir de tono la situación. La excitación se apodera de mí, necesito su polla dentro.

—Mi coño está vacío, ¿no quieres rellenarlo?

—Tengo el candidato perfecto para ello.

Me vuelve a girar y me tumba en el suelo, sobre un terreno liso. Me pasa la cuerda por detrás de la cabeza. Se quita la ropa interior y se queda observándome mientras se masturba.

—No te muevas, estás perfecta así.

—Me estás haciendo sufrir, estás siendo muy malo conmigo. ¿Te tengo que castigar?

—Hoy castigo yo, necesito poseerte.

—Poséeme ya, por favor.

Me terminó de desnudar quitándome el culote. Lo estruja con la mano y lo huele profundamente.

—Has mojado mucho las bragas, tienes que tenerlo tan húmedo que no puedo esperar más. Pero antes, me aseguraré de que no haces ruido.

Ha hecho un nudo con la cuerda en mi boca después de abrirmela.

—Así no gritarás del placer que vas a sentir.

Está abriendo mis piernas, más de lo que ya lo estaban. Me acerca las rodillas al torso, mientras se va incorporando poco a poco entre ellas. Me sube los gemelos a sus hombros y agarra mis muslos con fuerza. Por fin, me mete la polla con intensidad. Se nota muy apretadita entre mis paredes vaginales. Se le ve muy sexy mordiendo esos labios carnositos mientras va haciendo movimientos circulares con su pelvis.

Le hago señas con las manos para que se acerque. Se inclina hacia mí y empieza a meterla con energía y a sacarla lentamente. Me llega hasta el fondo, choca con mi interior.

Su ritmo va aumentando. Mis gemidos son cada vez más intensos.

—Te gusta, eh.

Asiento con la cabeza mientras me la mete cada vez más rápido.

—Córrete para mí. No pararé hasta que te corras.

Esas palabras han aumentado mi temperatura corporal. Los sudores son la prueba de nuestra ardiente pasión.

Siento que estoy a punto de llegar al orgasmo. Una sensación de cosquilleo empieza a ser cada vez más intensa. Sigue dándome enérgicamente. Me

agarro con fuerza a su cuello. Cuanto más y aprieto el cuello, más fuerte me da.

¡Dios! Un calambre placentero se apodera de mí y mi vagina se contrae.

Relajo el cuerpo mientras que Hugo me la saca de dentro.

—Muy bien, así me gusta.

Me quita la cuerda de la boca. Respiro con más facilidad.

—Me toca a mí correrme. ¿Dónde te gustaría?

—Córrete en mi boca. Te la chuparé.

—Ven aquí, mi polla necesita que la bañen en saliva.

Apenas haber recuperado el aliento, pero necesito saborearla.

Está sentado de rodillas en el suelo con las piernas un poco abiertas. Me acerco gateando hacia su polla. No tardo en metérmela en la boca. Es tan grande que no me cabe entera.

Mientras le hago la felación, voy recorriendo su polla de arriba a abajo con las manos. Sabe deliciosa.

—Sigue así, becaria.

Me coge la cabeza y empieza a marcar el ritmo. Me pone escuchar cómo disfruta y no puedo parar de chupársela.

De repente, empieza a gemir fuerte. Un líquido calentito entra en mi boca mientras lo veo temblar. No dudo en tragármelo, me encanta.

—Has estado genial — me dice mientras me besa la frente.

—Tú también, Hugo.

—Me gustaría quedarme aquí relajado contigo, no tengo fuerzas; pero

deberíamos vestirnos antes de que nos vea alguien, si es que no nos han visto ya.

Nos empezamos a vestir. Nos va a costar volver estando tan cansados, así que nos hemos sentado a las orillas de un riachuelo. No sé si es el momento, pero necesito saber qué quiere de mí.

— ¿Aún quieres ser mi amigo?

—Claro que sí, ¿por qué?

—Porque a mí me gustaría ser algo más.

—A mí también, la verdad, pero eso no quita que seamos amigos.

Me pasa el brazo por detrás de la espalda y me pega hacia él.

—No tenía claras tus intenciones, lo del beso me descolocó un poco.

Además, al principio dejaste bien claro que sólo buscabas una amiga en mí.

—Eso buscaba, tenía pareja y justo cuando me dijiste que pensabas que tonteaba contigo, mi ruptura estaba muy reciente. Aun así, te dije que sí me gustabas.

—Pues la verdad es que llegué a pensar que no ibas a intentar algo conmigo nunca. Ni por despecho me buscaste aquella noche.

—Yo no soy así, si me acuesto con alguien es porque siento que voy a llegar a algo más con esa persona. Cuando beso, es por el mismo motivo.

Sonríó y le miro directamente a los ojos.

—Me siento muy conectado contigo, sería una pena que no intentásemos algo más serio. No nos conocemos demasiado, pero tampoco perdemos nada intentándolo. Si no sale bien sería una auténtica pena, aunque si sale bien sería genial. Es un riesgo que me gustaría asumir.

—Yo pienso lo mismo. Me alegra saber que hasta en esto estamos de

acuerdo.

—Sólo decirte que cuando estoy con una persona, tiene que tener claras tres cosas: siempre voy a apoyarte, siempre voy a estar en las buenas y en las malas y nunca voy a hacerte daño queriendo.

—Tenlo tú también claro, yo haré lo mismo.

Os dije que merecía la pena que os contara todo lo que pasó antes de este día tan especial. He venido con un gran amigo y me voy con, espero, un gran amor.



Capítulo 10

No todos los días pueden ser mágicos, la rutina forma parte de nuestras vidas.

Acabo de llegar a la oficina y mi jefe me ha pedido que vaya a su despacho. Temo que sea algo malo, pero creo que no he hecho nada. Estoy parada en su puerta preparándome para entrar con buena cara. Espero que no me tiemble la voz.

Golpeo suavemente la puerta.

— ¿Se puede?

—Sí, pase, por favor.

Abro la puerta y entro en su despacho. Tomo asiento.

— ¿Qué necesita, señor Márquez?

—Catherine, voy a ser claro contigo. Ha llegado a mis oídos que te estás viendo con el señor Velasco fuera del horario de oficina. ¿Es eso cierto?

—Sí, somos amigos. ¿No puedo tener amistades con los clientes?

—Si sólo sois amigos, no pasa nada, pero en esta empresa tenemos que cuidar nuestra imagen. No me parecería correcto que, nada más ocupar un puesto importante, ya mantuvieses relaciones sentimentales con nuestros clientes.

—Con todos mis respetos, ¿en qué perjudican los temas personales a la empresa?

—Me sorprendes mucho, deberías de informarte sobre la política de la empresa. Tienes suerte de ser impecable en tu trabajo, si no me replantearía dejarte en el puesto que estás ocupando.

—Disculpa, apenas he tenido tiempo para ello.

—Tienes la obligación de leértela. Cuando termines, vienes y me preguntas las dudas.

Me encuentro bastante angustiada. Mi jefe se veía muy molesto conmigo. Además, necesito leerme toda la política de empresa para saber cómo lo voy a hacer con Hugo. Espero que mi jefe se equivoque, no me gustaría tener problemas ahora mismo. ¿Quién me puede pasar el documento? Voy a preguntarle a Verónica, ella siempre está dispuesta a ayudar a los demás.

—Verónica, ¿tienes, por casualidad, la política de la empresa?

—Claro que sí, Catherine. ¿Te la paso al correo?

—Sí, por favor, me harías un gran favor.

—Un segundo... — empezó a teclear durante un par de minutos — Listo, ya está enviado.

—Mil gracias, te debo una.

—No hay de qué, en el trabajo estamos para ayudarnos.

Me apresuro a mi despacho a meterme en mi correo electrónico.

Efectivamente, he recibido un correo de Verónica. Abro el documento adjunto que me ha pasado. Ha terminado de cargar y es larguísimo. Suerte que mi empresa es muy organizada, tiene un índice que te manda directamente a la página donde está el tema que selecciones.

Política de control interna no, de derechos humanos no, ni de seguridad... ¡Aquí está! Política de relaciones laborales con los clientes. Leamos pues.

Política de relaciones laborales con los clientes.

“Pubact se compromete a tratar a sus clientes dándoles el mejor trato y la mayor garantía que cualquier otra empresa pueda ofrecer. Para llevar a cabo nuestro compromiso, se fijarán las fechas de reuniones en los horarios que los clientes deseen, siempre y cuando coincida con el horario activo de

nuestra empresa. De no ser así, se podrá llegar a un acuerdo si la incompatibilidad de horarios está justificada por parte del cliente...”

Blablabla... Voy a leer hoy más que en toda mi vida. Blablabla... Creo que lo he encontrado.

“Para asegurar una buena relación entre empleado y cliente, se prohibirá totalmente cualquier relación fruto del negocio pactado entre ambos. De no ser así, podrían surgir situaciones subjetivas entre los miembros de dicha relación, las cuales podrían perjudicar el resultado del negocio en juego”.

Me miraré ahora un poquito más por encima la política para poder preguntarle más cosas a mi jefe e impresionarlo. Tampoco quiero acumular muchas dudas, no vaya a ser que se piense que soy tonta y que no entiendo las cosas.

Voy a apresurarme al despacho de este señor, no quiero que se me vaya toda la mañana en esto. No me gusta ir acumulando trabajo.

Tiene la puerta abierta, está dentro. Voy a asomar un poco la cabeza a ver si me deja entrar.

—Pase, pase.

—Tengo algunas dudas sobre la política de esta empresa.

—Dudo que te la hayas leído entera, eso te llevaría horas.

—Desde luego que no, pero al menos me he mirado lo que me estuviste comentando. En estos días vendré con más dudas.

—Dale, sorpréndeme.

—No entiendo aún que tipo de situaciones subjetivas pueden perjudicar en promocionar un producto. El producto tiene que vender y nosotros debemos de ser capaces de hacer eso posible.

—Imagínate que es cierto que estás con el señor Velasco.

—Sí. No, no, no estoy, pero sí me lo imagino.

—Pues bien, un día te deja y no os queréis ver más. ¿Cómo vais a conseguir llegar a acuerdos comunes sobre este? ¿Crees que él seguiría queriendo que su inversión esté en tus manos? ¿Crees que no temerá que por despecho tú le puedas fastidiar aquello en lo que tanto ha trabajado? ¿Tendrás tú ganas de esforzarte en que le vaya la vida súper bien mientras tú lloras y sufres cada noche?

—Pensándolo así...

—Y si lo dejases tú, ¿crees en qué confiará en la persona que le ha roto el corazón?

—Está bien pensar en las pérdidas. ¿Qué cree que pasaría si nos fuese bien?

—Distracciones, dedicación de las reuniones en vuestro romance, preferencias hacia un solo cliente... ¿Sigo o ha quedado lo suficientemente claro?

—Le entiendo, señor Márquez, pero soy de las que pienso que el amor no se puede controlar. Tengamos una relación o no, todo eso puede pasar si una de las dos partes se ilusiona. ¿Cree que si él se enamora de mí y le digo que no puedo estar con él, estaría anímicamente bien?

—Te considero una chica madura, encontrarás la manera de explicarles a los clientes que te molesten cómo funcionan aquí las cosas. Díselo de manera que no parezca que le cierras las puertas, ni mucho menos que se las abres. Ten en cuenta que, una vez terminado el plan de promoción, podrás comunicarles que el producto ya no está en tus manos directamente, sino que otros se harán cargo de realizar sus tareas sin tu intervención. Ahí es cuando puedes hacer lo que quieras con tu vida privada.

— ¿Y si ya somos pareja de antes? ¿Y si nos hicimos pareja después de

terminar el plan de promoción y vuelve con otro producto?

—No nos mareamos tanto la cabeza a escribir la política, tendré que considerar ese caso y añadirlo al documento. Pero pensándolo sobre la marcha, indicaré que la responsabilidad del producto recaerá directamente sobre el empleado. La empresa no se hará responsable ya que la relación se formó fuera de esta.

—Gracias, señor Márquez, revisaré la política más a fondo para poder cumplirla de aquí en adelante.

—Cuenta conmigo para todo lo que haga evolucionar a Publact y a sus empleados.

Debo de tener cuidado con Hugo. Alguien ha debido vernos juntos en algún lado y ha ido corriendo a contárselo al jefe. Como me entere de quién ha sido, va a conocer lo que es el infierno. Me parece muy fuerte que, por ir de pelotas, vayan corriendo a contarle cotillos a este hombre. Podrían haber venido a avisarme, pero no, han preferido que me lleve la bronca. ¿Y si el que nos ha visto ha sido él? Ya no sé ni qué pensar, voy a tener que andarme con ojo. No quiero tampoco revisar los sitios en los que voy a entrar ni ir camuflada, pero no quiero alejarme de Hugo.

Debo hablarlo con él, he de buscar la manera de decírselo. En principio, en estos días, voy a intentar guardarme las ganas de estar con él. Le escribiré mensajes y le tendré que esquivar sus propuestas de quedadas hasta que encuentre la manera de que lo pueda entender. No me gustaría que alguna de las situaciones que me ha comentado el señor Márquez, sucediese. Me estoy jugando mi puesto de trabajo y, francamente, dudo que me diese más empleo si descubre que le he mentado.

Tengo que ser fuerte, llevo años sin él y no me ha pasado nada. Soy consciente de que me va a costar bastante dejar parada la relación tan especial

que estamos creando; no va a pasar tampoco nada porque vayamos más lento ahora mismo. Él me comentó que estaría a mi lado pasase lo que pasase y espero que cumpla su palabra.



Capítulo 11

He pasado unos días un poco agobiada, ya que he tenido que luchar contra mis sentimientos. Mañana tengo reunión con Hugo para seguir planificando la promoción de su producto; no sé cómo va a reaccionar, solo espero, que, ante todo, sea profesional.

No he querido contarle nada, sólo le he pedido que confíe en mí. Espero que me crea, temo que se canse rápido y busque a otra persona. Aún no lo conozco bien, no sé cómo va a actuar en persona. De todas maneras, hemos estado hablando bien, sólo he pasado de quedar con él unos días. No creo que sea para tanto.

El lunes me envió un mensaje y preferí no contestar, acababa de hablar con mi jefe y no me apetecía enfrentarme a eso ese mismo día.

“Buenas tardes, becaria. Espero que hayas tenido un buen día.”

A la noche insistió un poco más, pero me mantuve firme en mi decisión.

“¿Acaso has tenido un mal día? Sabes que de ser así puedo intentar alegrarte.”

“Me preocupas, pero si no me respondes es porque tienes un motivo y no quiero agobiarte. Ya sabes que cuentas conmigo para todo, preciosa.”

¿Veis? Es tan mono... Incluso cuando acabamos de empezar y hay más temores de que no cuaje del todo la relación, confía en mí y es comprensivo.

Al día siguiente pensé que lo mejor sería decirle algo. No se merece que a la primera de cambio coja yo y pase de él; y menos cuando no ha tenido culpa ni ha actuado de mala manera.

“Hola. No te comas la cabeza, yo estoy bien, lo único que pasa es que ando bastante liada con el trabajo.”

Después de leerme, me di cuenta de lo seca que había sido con él. Lo que menos me gustó fue mentirle. Siempre he pensado que, si una relación empieza con mentiras, acaba con mentiras. ¿Quién soy yo para pedirle confianza a alguien a quién estoy engañando? No me siento nada bien conmigo misma.

“Ah vale. Eso es lo que importa, estar bien y ser eficiente en tu trabajo. He pensado en pasarme a la noche por tu casa para cenar juntos, ¿te viene bien?”

Su respuesta me puso aún más nerviosa, no sabía cómo decirle que no viniese a mi casa. No sé dónde nos vieron juntos. ¿Y si un vecino mío trabaja en la empresa y no sé ni que es mi vecino? Hasta que no descubra qué ha pasado, prefiero no arriesgarme.

“Estoy muy cansada, me acostaré pronto y cenaré cualquier cosa rápida. Otro día yo te aviso y vienes, ¿vale?”

“Me parece una buena idea. Descansa.”

Fui amable, me expresé bien y no levanté sospechas. Pude respirar profundo y relajarme. El martes acabó bastante bien.

Ayer volvió a enviarme un mensaje para quedar. Empecé a dudar entre si es que era una persona muy insistente, muy acaparadora o, simplemente, notaba algo raro en mí.

“Hola. Me preguntaba si querías ir conmigo al cine esta tarde, ponen una película que llevo años esperando que se estrenase. Si puede ser, respóndeme hoy y antes de que llegue la tarde.”

“Buenas. Pues resulta que hoy no puedo quedar, tengo que quedarme hasta tarde en la oficina terminando de hacer unas cosas que he dejado atrasadas. Siento no poderte acompañar al estreno.”

“Me apetece ir al estreno contigo, pero, si no puede ser, no iré al estreno; veré la película otro día de los que esté en cartelera, siempre y que sea contigo.”

“¿Cuánto tiempo va a estar en cartelera?”

“Solamente dos semanas. Espero que tengas un par de horas para mí en esos días.”

“Haré todo lo posible por ir contigo. Te voy avisando.”

No podía seguir así durante mucho tiempo. En primer lugar, no creo que aguante dos semanas detrás de una persona que le da largas y, en segundo lugar, me sentiría super angustiada si no viese esa película por esperarme hasta el último día y minuto que estuviese en el cine. La única solución a todo esto es conseguir que quiera ir solo y aguantar el mes que me queda para terminar mi trabajo con su producto.

Hoy, Hugo me confesó que sabía que le había mentido.

“Catherine, llevo desde el día del barranquismo con miedo de que no te gustase que fuera tan rápido o los sentimientos que te mostré. El domingo pensé que lo mejor era dejarte ese día para ti sola y así no te llegases a agobiar. Intenté hablarte en estos días y no has dejado de darme largas. Ya te dije que a mí me gusta que todo quede claro en una relación. Si te has arrepentido de haber aceptado ser mi novia, lo mejor sería decirlo cuanto antes.”

“Hugo, no exageres. Me encantó que acordásemos empezar una relación

juntos, estoy muy feliz por ello. Lo que ocurrió el sábado, lo repetiría mil veces, fue muy especial. De verdad, lo último que quiero que pienses es que me arrepiento de haber tenido sexo contigo. Estoy ocupadísima estos días y no hay que sacar las cosas de quicio.”

“Si te estoy diciendo todo esto es porque ayer quise darte una sorpresa después del trabajo, pero, cuando entré en la oficina, tus compañeros me dijeron que te habías ido a la hora de siempre. No entiendo la necesidad que has tenido de mentirme, me gustaría que me lo aclarases.”

Me quedé paralizada, la angustia recorría mi cuerpo y no sabía qué responderle. Le dijera lo que le dijese, ¿por qué iba a creerme? Se está portando de lujo conmigo y yo no estoy siendo sincera con él. Necesitaba contestarle algo neutro y esperar que fuese suficiente.

“Siento haberte mentido. Ya sé que es complicado creerme, pero necesito que confíes en mí. Tenemos que mantenernos alejados por lo menos un mes. Después de eso, podremos estar junto todos los días si quieres, pero ahora mismo no es posible. No puedo darte más explicaciones y te ruego que no me las pidas. Tú haz lo que te digo y todo saldrá bien.”

“De acuerdo, te voy a dar todo el tiempo que necesites. Has invadido tanto mi cabeza que, por estar contigo para siempre, haría todo lo necesario. ¿Tienes algún inconveniente en que de vez en cuando hablemos por aquí y nos preguntemos por nosotros?”

“Creo que eso sólo complicaría las cosas. Si puedes dejarlo como último recurso y no hacer de ello algo rutinario, no hay problema ninguno. No quiero que lo estés pasando mal y no puedes ni hablarlo conmigo. Te dije que estaría a tu lado apoyándote siempre, y eso es lo que haré.”

“Entonces, ¿sólo puedo escribirte cuando me sienta triste? Te aviso que eso

puede ser a diario.”

“No seas bobo. Puedes escribirme cuando, a pesar de tu tristeza, de verdad lo necesites.”

“¿Sería mucho pedir que me enviaras una foto sonriendo? Al menos así sé que estás bien y puedo mirar esa foto cuando lo necesite.”

Justamente ese mensaje me hizo sonreír, aproveché pues para hacerme la foto y enviársela.

“Eres más bonita que un millón de rosas. Hasta luego, bella flor.”

“Si hay algo que tenemos en común es la belleza. Hasta pronto.”

Me contestó con una sonrisa y la conversación llegó a su fin. Es muy lindo conmigo, las maripositas de mi estómago se murieron de amor al leer lo que me dijo. Además, estaba aliviada después de ver que llegamos a un entendimiento sin tener que darle mucha información.

Ya por la noche, miré en mi agenda que me tocaba mañana y fue cuando me di cuenta de que nos veríamos las caras. Se me da muy mal mentir en persona, se me nota demasiado.



Capítulo 12

No me gusta hacer temblar mi pierna, es un gesto que no me ha gustado nunca de los demás; pero hoy es inevitable hacerlo, no puedo parar ni de hacer eso ni de clicar mi bolígrafo. Mi amor está a punto de llegar.

Escucho cómo llaman a la puerta. Ya está aquí.

—Pasa — le digo en voz alta.

Abre la puerta, la cierra rápidamente y se sienta sin quitarme la mirada de encima.

—Deja de temblar, voy a respetar tu decisión.

—Gracias, necesitaba oír eso.

—Cuéntame, ¿ha habido cambios en la publicidad?

—Sí, hemos conseguido una oferta de una plataforma web que vende productos electrónicos a grandes empresas. Nos han ofrecido mantener tu producto como uno de los más vendidos desde su lanzamiento a cambio de un 20% de las ganancias.

— ¿Habría que darles algo de fianza?

—En principio no, les ha parecido que era muy innovador y útil. Se han llegado a plantear pagarte una buena cantidad de dinero por él y hacerlo suyo.

—De ninguna manera, tengo tanta fe en su éxito, que no creo que puedan pagarme lo suficiente comparado con lo que puedo llegar a sacar.

—En esta empresa nos encargamos de promocionar productos, no de venderlos. Eso sí, consideramos oportuno comentarles a nuestros clientes todas las posibilidades que se nos comuniquen.

—Pues, si no es mucho pedir, me gustaría que dejaseis claro desde un

principio mi negativa hacia ese tipo de acuerdos.

Hemos estado una hora y media negociando, a través de llamadas telefónicas, con las diferentes empresas de ventas y de publicidad; y poniendo en marcha lo ya establecido. Está teniendo mucho éxito, se pelean por venderlo y publicitarlo ya que se prevé unas ventas colosales. En algunas empresas, con las que ya se ha cerrado el trato, tienen reservas de miles de personas, las cuales no se quieren quedar sin él por el agotamiento de las unidades. Es imposible que tenga quejas sobre mi trabajo.

—Señor Velasco, eso es todo por hoy. Tal y como van las cosas, nos quedan pocas reuniones. Una vez cerrado el plan de ventas y publicidad, ya queda libre de mí y está en manos de mis compañeros.

—No me trates de usted, se puede ser profesionales sin llegar a eso...

Su cara ha entristecido de repente. No puedo evitar querer abrazarlo.

Me levanto y camino hacia la puerta. Me asomo para ver si hay gente cerca del pasillo. Está libre, puedo abrazarlo sin temer nada.

—Ven aquí, no estés triste.

Estamos fundidos en un abrazo. No quiero soltarlo. Le acaricio la cabeza mientras él la apoya en mi pecho. Cada vez me abraza más fuerte.

—Me siento tan bien contigo... No te alejes de mí — la voz le tiembla.

—No pienses ahora en eso, disfruta del momento — le digo para tranquilizarlo.

Se separa de mí y me pone la mano en la cara, con suavidad mientras que me la acaricia.

— ¿Te avergüenza que nos vean juntos?

- ¡No! Eso nunca.
- ¿Por qué te has percatado entonces de que no hubiese nadie cerca?
- Preferiría no responder a eso.
- Ayer no tuve muy en cuenta que me mintieras, creo que me merezco que seas sincera conmigo.
- Está bien, es mejor que te lo aclare ya. Necesito que me prometas que vas a tomártelo con calma.
- No puedo prometerte eso sin saber lo que está ocurriendo, pero sí te prometo que lo intentaré.
- Con eso me vale. A ver, resulta que, según la política de la empresa, tengo prohibido mantener una relación sentimental contigo mientras trabajemos juntos.
- ¿Cómo? ¿Desde cuándo es así?
- Por lo visto, desde siempre. El problema es que yo no me había leído nunca la política pues no pensé que hubiese normas que incumpliría.
- Entiendo. Pero si nadie sabe nada de lo nuestro prácticamente, de cara a la empresa, no lo estás incumpliendo.
- Mi jefe lo sabe, Hugo.
- ¿Se lo has contado?
- No, ni aún sin saber de estas normas se lo hubiese contado, no tenemos esas confianzas. El lunes me mandó a llamar para decirme que lo sabía. Alguien de la empresa nos ha visto juntos y se lo ha contado.
- Niégaselo y tendremos más cuidado.
- Ya se lo negué, le dije que éramos amigos, pero tengo el aviso dado. Además, también se molestó al saber que no me conocía la política de la empresa.
- ¿Y qué podemos hacer?
- Ir con cuidado y esperar a que todo pase.

— ¿Has pensado en cómo se tomará tu jefe nuestra relación cuando acabemos nuestro trabajo juntos? Es decir, tú le has asegurado que no estamos juntos y él confía en ti, ¿no?

—Sí.

—Si después descubre que de repente somos pareja, sabrá que le mentiste.

—Le diremos que nos enamoramos de repente, no sé.

—No creo que se lo crea. Es mejor que me cambie de empresa antes de que te pueda llegar a perjudicar.

— ¡Ni se te ocurra! Eso sería peor, se enfadaría por haber perdido a mi primer cliente como directora de marketing. Parece ser que haga lo que haga, mi empleo tiene las mismas posibilidades de irse a pique.

—Yo hablaré con tu jefe, me parecería injusto que por querer a alguien haya que renunciar al amor.

—No la lías más, por favor — le ruego con los ojos llorosos.

Me ha vuelto a abrazar, esta vez era yo la que necesitaba apoyo.

Me lleva un rato susurrando que todo está bien, que no me preocupe. Mi mente ahora está en blanco, no necesito pensar en nada, sólo quiero tranquilizarme. Hugo cada vez me demuestra más sensibilidad y empatía, no puedo permitirme perderlo. No quiero.

—Si es lo que crees correcto, aléjate físicamente de mí. No es menester que dejemos de enviarnos mensajes o, incluso, podríamos vernos por videollamada y así sentirnos más cerca el uno del otro. Somos un equipo, recuerda. No dejemos que los negocios venzan al amor.

—Tienes razón, soy una tonta. Llevaba tanto tiempo sin conocer a alguien como tú. Realmente, nunca he conocido a un chico que me transmitiese tanto.

—Yo tampoco pensé en cruzarme con alguien como tú. Haré todo lo que

esté en mi mano para que seamos felices los dos. Para ello, tenemos que querer estar juntos.

Me acerca la cabeza y empieza a besarme. Me olvido de dónde estoy. No me doy cuenta de que acaban de abrir la puerta.

—Catherine, ¿podrías...? Lo siento, perdón — Verónica salió apurada de mi despacho.

Nos acaban de pillar. Me separo bruscamente de Hugo y corro a alcanzar a Verónica. Tengo que pedirle que no le diga nada a nadie.

—Verónica, espera.

—Siento no haber llamado a la puerta — se disculpa abochornada.

—Ya está hecho, no pasa nada. Tengo que pedirte algo.

—Sí, dime.

—No digas nada a nadie de lo que acabas de ver. Lo último que necesito son problemas con el señor Márquez.

—Catherine, yo ya sabía lo vuestro. Os vi cenar juntos una noche. Sabes que no está bien lo que estás haciendo.

— ¿Tú fuiste la que se lo comentaste al jefe?

—Sí, no me quedó más remedio. No puedes poner a la empresa en riesgos cuando a ti te plazca.

— ¡No he puesto nada en riesgo! Me he enamorado, es lo único que he hecho.

—Lo siento, Catherine, no puedo callármelo.

—Te juro que como cuentes algo te voy a hacer la vida imposible. Si cuentas algo me quedaré sin trabajo y con mucho tiempo de joderte la vida.

— ¿Me estás amenazando? ¿Crees que así vas a conseguir que haga la

vista gorda sobre tus irresponsabilidades?

—Haz lo que quieras. Te advierto que cumplo mi palabra.

—Me lo pensaré, pero no por tu amenaza.

—Me queda poco tiempo de negociar con él, no creo que seas tan mala persona.

Verónica se va alejando de mí con su cabeza bien alta. Voy a ir a ver cómo se encuentra Hugo, me he separado de él de mala manera.

—Hugo, Verónica fue la que lo contó todo. Ella nos vio cenar juntos. Le he rogado para que no diga nada, bueno, amenazado más bien.

—Jajaja, eres demasiado. Déjala, ella sabrá lo que hace. No quería ofrecértelo para que no te pensaras que te quería atar a mí tan pronto.

Pero si te ves sin trabajo, puedo conseguirte uno en mi empresa.

—Pero yo no sabría hacer nada allí.

— ¿Eres directora de marketing, ¿no? Me ahorraría venir aquí si tuviera quién promoviera mis productos directamente desde mi empresa.

—Me gusta ser independiente, si esto va a peor, podríamos llegar a un acuerdo. Te lo agradezco mucho, eres un amor.

Me da igual ya quién nos vea, voy a besarlo porque se lo ha ganado. La arpía de Verónica es la única capaz de chivarle esto al jefe, debí imaginarlo.

—No hagas planes para este fin de semana, tengo una sorpresa.

— ¿Y si ya los he hecho? — me burlo de él.

—Te rapto para que sólo puedas venir conmigo.

Me quedo más relajada viendo cómo Hugo se va con su sonrisa de siempre en la cara y no es para menos, cada beso que nos damos es más bonito e intenso que el anterior.



Capítulo 13

Estoy preparando las maletas para irme de viaje. No sé aún dónde vamos a ir, mi idiota dice que es una sorpresa; y sabe que me incomodan las sorpresas. Supongo que me da miedo no saber con qué me voy a encontrar, por ejemplo, no sabía ni qué tipo de ropa meter en la maleta. He optado por llevarme un par de jeggins y tres camisas de media manga. Hugo sólo me ha dicho esto:

“No te lleves mucha ropa.”

Me queda un fin de semana salvaje por lo que veo.

Creo que no me olvidé nada. Voy a bajar a toda prisa porque Hugo me dijo que íbamos justos de tiempo. Se le ha ocurrido nada más levantarse, ha sido una decisión de última hora. Me tendré que acostumbrar a su impulsividad.

Me monto en su coche. Él, como buen caballero, se encarga de meter mi maleta en el maletero. Con lo fuerte que está, puedo ver que no le cuesta nada de trabajo.

Se está montando en el coche y, mientras se prepara, aprovecha para reírse de mí.

—Jajaja. ¿No te he dicho que llevases poca ropa?

—Sí, lo que pesa no es la ropa. Cómo no sé dónde vamos, llevo el secador y la plancha del pelo. Ah bueno, también llevo mis cremas, gel de baño, champú... No sé, todo lo que uso a diario.

—Pues siento decirte que, con todo el dolor de mi corazón, no te voy a dejar subir tantas tonterías al avión. ¡No las vas a necesitar allá donde vamos!

- ¿Avión? No puedo montar en avión...
- ¿Por qué? ¿No me dijiste que tenías pasaporte?
- Sí, pero pensé que, si íbamos a volar en avión, me lo hubieses dicho...
- cada vez mi voz se va apagando más y más.
- ¿Qué te pasa con los aviones?
- Mi padre murió en un accidente de avión cuando yo era pequeña.
- ¡Qué idiota soy! Perdóname, Catherine, no sabía nada. Me siento fatal por haber metido la pata con el viaje.
- No has metido la pata. Me parece que has tenido un gesto muy bonito conmigo. No le des más importancia.
- Lo siento mucho, es que no sueles hablar de tus padres.
- Bueno, lo he hecho ahora que ha surgido el tema... — ya casi no me salen las palabras.
- Ey, preciosa, escúchame. Voy a estar en todo momento a tu lado. Va a ser el mejor viaje que hayas hecho nunca. Confía en que todo va a salir bien.
- Me cuesta enfrentarme a esa situación...
- Si lo que te preocupa es que te pase lo mismo, las probabilidades son muy bajas. No te enfades, pero los accidentes pasan a diario y muy pocos son de avión, no tiene por qué pasarte a ti — dice muy seguro, intentado que sea optimista.
- Eso ya lo sé, pero no puedo evitar montarme en uno y acordarme de él.
- ¡Eso es genial! Quiero decir, ¿sabes lo feliz que tiene que estar sabiendo que te acuerdas de él? ¿Que siempre estás dispuesta a recordarlo, tanto en sus mejores como peores momentos?
- Sí, él siempre ocupará mis pensamientos — mi voz va cogiendo forma.
- ¡Pues piensa más en lo positivo que en lo negativo!

Sus palabras me hacen llorar de felicidad. Soy capaz de reírme mientras algunas lágrimas caen de mis ojos.

—Tienes razón. Cuando me monte en el avión, intentaré pensar en todos los momentos bonitos que pasé a su lado. Era pequeña, pero me acuerdo de muchísimos.

Me siento afortunada de tener a una persona como Hugo al lado. A mi padre le hubiese encantado tener un yerno así. Mi padre, mi tía y él hubiesen sido un trío muy peculiar y divertido. Sé que es pronto para imaginarlo dentro de mi familia, pues aún estamos en proceso de ser uno. Para ello tenemos que procurar conocernos bien, poco a poco; lo más importante es ir siempre cuesta arriba. Aun así, hemos avanzado muchísimo en nuestra relación en poco tiempo y, aunque aún sea pronto para decirlo, creo que me estoy enamorando de verdad.

Hemos llegado al aeropuerto y he vaciado mi maleta en el coche; me he quedado justo con lo necesario. Hugo ha insistido en comprarme todo lo que me hiciese falta una vez llegados a nuestro misterioso destino. Por una vez en mi vida, me voy a dejar mimar un poco.

Ya hemos pasado los controles del aeropuerto. Mientras esperamos que salga el vuelo, nos hemos sentado en una cafetería a tomar un café. Sigo sin saber el destino, pero, tras ser muy pesada, me ha dicho que estamos a una hora de embarcar. No puedo evitar hacer de detective. Me acerco a los monitores, en los que se pueden leer la información de los vuelos, a ver si adivino qué avión sale en una hora y dónde va. Si no me equivoco, parece ser que vamos a Barcelona.

—Pasajeros con destino a Mallorca, vamos a empezar el abordaje del

vuelo A67. Por favor, pasad por la puerta de embarque con la documentación en mano — se escucha decir por los altavoces.

—Vamos, es nuestro vuelo — dice mientras se levanta del asiento.

— ¿No faltaba una hora?

—Jajaja Si te lo decía, ibas a descubrir la sorpresa por ti misma.

—No sé si algún día me acostumbraré a tus bromas.

—Verás que las acabarás viendo hasta adorables.

El gracioso este no se ha separado de mí desde que salimos de la cafetería, le gusta llevarme agarrada del hombro, quiere que me sienta protegida cuando entre en el avión. Se interesa mucho por mis estados de ánimo, tiene el cielo ganado. El avión en sí no me da miedo, así que seguiré los consejos de Hugo: pensar en los buenos momentos que pasé con mi padre.

He entrado sin problemas. Pienso en lo contento que estaría mi padre si viese que no pierdo oportunidades en la vida y más si no son a causa de las desgracias ajenas. En este caso, de la suya propia. Hugo me ha soltado ahora mismo, cuando hemos llegado al asiento del avión. Ha intentado cogerme la mano, pero he hecho como la que iba a apagar el móvil. Me agobia un poco que esté tan pegado a mí, me pasa con todo el mundo.

— ¿Estás preparada?

—Lo esté o no, ya no me queda de otra.

—Siento mucho no haberte avisado antes de reservar los billetes. Así podrías haberme advertido de que lo podías pasar mal.

—Estoy mejor de lo que esperaba. Algún día tenía que hacerlo y estoy feliz por la compañía que me haces. Tu apoyo me ha hecho cambiar de idea sobre montar en avión.

No pueden faltar los besos después de las cosas bonitas que nos soltamos.

—Ya que ha salido antes el tema de tus padres. ¿Podrías contarme un poco sobre ellos? Si quieres, claro. Quiero saberlo todo sobre ti y me parece un tema importante.

—Si hay alguien a quién me gustaría contárselo, es a ti. Así te será más fácil entenderme.

Le he contado por qué mi madre es así conmigo, la dedicación que me mostraba mi padre, cómo me resguardaba en mi tía... En definitiva, todo lo que ya sabéis. Parece muy interesado en conocer los detalles del accidente.

— ¿Qué le pasó al avión? ¿Por qué se estrelló?

—Hubo una tormenta muy fuerte y los controles empezaron a fallar. Los pilotos no veían nada, ni se dieron cuenta de que el avión estaba cayendo. Cuando se percataron de ello, era demasiado tarde y el avión se estampó contra el suelo.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo te enteraste de lo sucedido? — se queda impactado.

—Mi madre se puso a llorar cuando la llamaron. Estaba histérica y no dejaba de mirar al techo. Repetía una y otra vez, en voz alta, que le devolviese a su marido. Se lo estaba rogando al cielo. Le pregunté qué estaba pasando y me lo dijo sin más. La pobre no tenía la cabeza para pensar en tener tacto.

—Debió ser horrible para ti que te dieran esa noticia — me coge de la mano con fuerza.

—Ambas nos queríamos morir. No sabía qué hacer, así que cogí el teléfono y llamé a mi tía. Ella no sabía nada y vino corriendo a buscarme, estaba segura de que mi madre no iba a ser capaz de tranquilizarme.

—Tienes mucha suerte de tener a una persona como tu tía en tu vida.

—Sí, es una mujer extraordinaria. Pero ahora tengo a dos personas muy

especiales, os tengo a ambos.

No seremos la pareja más ñoña del mundo, pero sabemos cómo demostrarnos el amor que nos tenemos con una sonrisa.

Le estoy contando anécdotas que he vivido con mi padre. Se le ve muy interesado en el tema.

—Un día, le dije que quería aprender a montar en bicicleta y me prometió que me enseñaría. A los dos días llegó con una bici nueva que tenía dos ruedas traseras. Las tardes que no trabajaba, aprovechaba para llevarme a una plazoleta para practicar. No recuerdo cuánto tiempo pasó, era pequeña, pero un día decidió quitarme una de las ruedas. Seguimos con el mismo método de aprendizaje, hasta que me vio preparada para dejarme sin ruedas. Bueno, pues resulta que no era capaz de montarme porque perdía el equilibrio al intentar poner los pies sobre los pedales. Me dijo que no me frustrase, él me iba a ayudar. Se ofreció a aguantarme durante un rato para después soltarme. Para ello, se puso a un lado de la bici aguantando con una mano un manillar y con la otra el sillín; se puso a correr a mi lado para que la bicicleta cogiera velocidad. Noté que me soltó e iba feliz diciendo: ¡papá, papá, lo he conseguido! Mi padre no respondía. Paré para buscarlo con la cabeza y, cuando lo vi, estaba sacudiéndose los pantalones. ¡Se había caído corriendo y por eso me había soltado! Pero, lo más gracioso, es que se había llenado la parte de abajo de los pantalones de caca de perro. Jajaja, fuimos rápido a casa a que se cambiase.

— ¡Pobre! Encima te ríes de él.

—Jajaja. Mi padre ese día estaba muerto de risa y de vergüenza.

Cualquier cosa en la vida tenía para él un lado positivo, se reía de los problemas. Disfrutó cada segundo de su vida, mucho más de los que

llevan más años vivos.

—Me hubiera encantado conocerlo.

—Seguro que os hubieseis entendido la perfección, hubiese sido genial.

Ya estamos llegando, el viaje se me ha hecho cortísimo porque no he parado de hablar. Si no lo asusto con mis charlas interminables, puedo afirmar que me quiere de verdad.

Estoy muy emocionada. Nunca he estado en Mallorca, pero no me vendría mal tomar un poco el Sol y disfrutar del clima balear.



Capítulo 14

El avión ha aterrizado. Hugo y yo vamos a por las maletas. Estamos descansados, hemos podido dormir la última media hora que faltaba para llegar.

Llevamos un buen rato esperando a que aparezcan las maletas por la cinta. Mientras tanto, nos ponemos a jugar con su Tablet. Al fin, después de veinte interminables minutos, las vemos venir y las cogemos.

Hay un taxi esperándonos fuera, a este chico no se le pasa ni una. Fuera del taxi, hay un hombre con un cartel que pone “Señor Velasco”. No le hemos tenido ni que decir dónde nos tenía que llevar, el taxista ya lo sabía. Por la ventanilla puedo ver la playa, se ve hermosa. El sol se refleja en el agua. Estoy deseando verla más de cerca.

Hemos tardado poco en llegar al hotel, el cual está en plena playa. Tiene una apariencia muy clásica, pero se nota que está muy cuidado. Entramos al interior y es demasiado lujoso para mí, pero, estando con él, tendré que acostumbrarme. Hay un largo pasillo que termina en un rellano enorme, dónde, si alzas la mirada, se pueden ver todas las escaleras que llevan a las habitaciones. Por las paredes del hotel hay colgados cuadros de estilo surrealista que, curiosamente, le dan un estilo muy elegante; jamás se me habría ocurrido esas pinturas con lámparas tan clásicas.

Me quedo empanada mirando cada detalle. Un señor se está acercando a nosotros.

—Buenos días, ¿les llevo las maletas a vuestra habitación? — dice amablemente.

—Sí, por favor — responde Hugo educadamente.

—Si sois tan amables, ¿me podéis decir el nombre al que está la reserva o el número de habitación?

—Está a nombre del señor Velasco y es la habitación 502.

—De acuerdo señores, tengan un buen día.

Se han llevado nuestro equipaje. Me muero por explorar más el hotel y disfrutarlo. Antes de ello, vamos a recepción para preguntar dónde hay tiendas cerca. Nos indican que ellos disponen de tiendas internas para la comodidad de sus huéspedes.

Salimos del edificio y vemos una piscina circular de unos diez metros de diámetro. A su alrededor, hay tumbonas con mesas y sombrillas de paja. Cerca de la piscina hay un chiringuito. En uno de los laterales, vemos un restaurante muy pijo; mientras que, en el otro, hay unas cuantas tiendas con todo lo necesario para disfrutar de las vacaciones.

—Catherine, ¿necesitas comprar muchas cosas? No me gusta ir de tiendas.

—No me he traído ropa de verano, voy a pasar calor con lo que he traído. ¡Ah! y no creía que necesitaría un bikini. También necesitaría unas chanclas, crema solar, una gorra para no quemarme la cara...

—Hemos venido a relajarnos — interrumpe seriamente —, vamos a intentar que todo fluya y no pensar en las cosas que nos faltan, si no en las que tenemos. Si tienes que ir sin bikini, no pasa nada, luce tu cuerpo sin ropa.

— ¡Eso es lo que tú quisieras! Déjate de tonterías y compremos cuanto antes, hay que aprovechar el día.

—Jajaja, como quieras, jefa.

Entramos en la tienda. Las cosas cuestan un ojo de la cara.

- Están muy caras las cosas aquí dentro.
- Eso no es un problema para mí — dice mientras se sacude el hombro.
- ¡Uy! Disculpa, Christian Grey.
- Algún día, Catherine, algún día lo seré.
- Anda, calla, bobo, vamos a por las cosas.

Visitamos varias tiendas para comprar todo lo necesario. No iba directa a por lo que quería, iba cogiendo las cosas cuando me las iba encontrando. Quiero relajar mi mente, son sólo dos días.

- ¿Ya lo tienes todo? — dice desesperado.
- Creo que sí.
- Voy a pagar entonces.

Parecerá que soy una aprovechada, pero es su sorpresa y él se ha ofrecido. Si lo ha hecho es porque puede permitírselo. Además, él fue el que no me avisó de que iba a una zona de playa.

Aún no hemos visto nuestra habitación, las maletas nos esperan allí. No puedo esperar a ver cómo son por dentro, ya que el resto del hotel es una pasada.

Entramos en la habitación. Se nota que invierten en limpieza, no se veía ni una pelusa en un suelo tan brillante. Todo en la habitación se ve blanco y confortable. Lo que más me ha gustado ha sido encontrarme una cama de matrimonio, eso me hace ver que quiere que la compartamos. El baño es otro mundo. Tiene una bañera con opciones de hidromasaje, dos lavabos y una sauna. Los azulejos tienen un color blanco navajo y en el techo hay una claraboya. Podremos ver las estrellas desde la bañera.

Desde el balcón se puede ver el mar, es precioso. Hugo se acerca a mí y me acompaña.

- Hugo, ¿por qué elegiste la playa? — le pregunto a Hugo mientras observamos el mar.
- Porque me gusta disfrutar de todo tipo de naturaleza.
- Bueno... Todo esto se puede definir más bien como artificial.
- El mar me aporta paz y lo artificial, comodidad.
- ¡No eres listo tú! — pongo los ojos en blanco y suspiro.
- Demasiado. Es hora de ponernos en marcha. ¿Qué es lo primero que te apetece hacer?
- Hay que aprovechar las horas de sol para estar en la playa, ¿no crees?
- Primero habrá que cambiarse.

He preferido decirle de ir a la playa porque en la piscina me siento menos libre.

Cada uno se pone su bañador y prepara una talega con las cosas que podemos necesitar; para algo se han comprado. Nos echamos la crema en todo el cuerpo para evitar quemarnos, aunque no me echo en la espalda para que después lo haga él. Me gusta pedir esas chuminadas. Una vez listos, bajamos a la playa.

La playa tiene arena blanca, no encuentras ni una chapa de botella por el suelo. Por estar alojados en el hotel, tenemos la posibilidad de sentarnos en unas tumbonas acompañadas de sombrillas como las de la piscina; todo eso sin necesidad de alquilarlo a parte. Hay un señor que se encarga de vigilar las cosas mientras nos bañamos o salimos a dar un paseo. Aprovechamos para picar y beber algo.

Llega la escena más bonita del día: Hugo se quita la camisa mientras los rayos del Sol le iluminan. Mi mente lo está procesando con tanta dificultad que lo estoy viendo a cámara lenta. Qué rico torso, qué espalda más ancha,

qué brazos tan tersos... Con este chico estoy desatada a todas horas, mis hormonas montan fiestas de pijamas.

—Hugo, ¿me puedes echar crema en la espalda?

—Sí, se me da muy bien expandirla. ¿Te hago un masaje mientras?

—Tú sí que sabes complacer a una chica.

Siento sus manos fuertes, cubiertas de crema, esparciéndola por toda mi espalda. Cada vez aprieta más fuerte, me está empezando a doler.

— ¡Ah! ¿Qué haces?

—Tienes un nudo aquí, te lo estoy quitando.

— ¡Lo único que quiero es no quemarme, no que me quites nudos!

— ¿Tú no querías un masaje? No sé qué esperabas.

—Algo sensual de telenovelas, no algo que te haría el bruto del pueblo.

—Jajaja, pues ya estás terminada, entonces. Mejor vamos a darnos un baño.

Lo miro con cara de mala hostia. Voy a ir con él al agua a ver si me puedo vengar.

De cerca, se puede apreciar el color turquesa que moja la arena. El idiota se mete en el agua sin pensárselo dos veces; mientras, yo acerco un pie al agua para ver si me puedo meter con facilidad. Puede que este tonto no se haya puesto a temblar por orgullo. El agua está calentita, es hora de hacerme la valiente yo también. Corro hasta que siento que tengo la suficiente profundidad para sumergirme y mojarme entera. Buceo un poco hasta estar cerca de él.

— ¡Oh! ¿Estoy viendo una sirena? — bromea mientras me mira con cara de payaso asombrado.

—Con eso no vas a arreglar lo de antes. Más te vale correr.

— ¡Será nadar!

—Ja ja ja, huye a la de ya.

Intento alcanzarlo con la intención de hacerle una ahogadilla. Empieza a echarme agua en la cara.

— ¡Como te coja, vas a ver! — le advierto.

Se sumerge en el agua y lo pierdo de vista. No lo consigo ver por ningún lado. De repente, siento que algo sale de detrás de mi espalda y me agarra con fuerza.

— ¿Y ahora qué vas a hacer? — me susurra en el oído.

Me tiene agarrada fuertemente por la cintura.

— ¡Suéltame y verás de lo que soy capaz! — le digo en voz alta mientras intento que me suelte.

—Yo llevo el control en este momento, no te pongas rebelde.

Me besa por debajo de la oreja y me gira el cuerpo para tenerme de frente.

— ¿Te está gustando mi sorpresa? — me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Si no fueras tan tonto, me gustaría más de lo que ya lo hace.

—Jajaja, eres muy graciosa.

—Pretendo ser dura, no graciosa.

—Pues se te da fatal.

—A ti también se te mal hacerte el gracioso.

— ¿Sabes qué se me da bien?

— ¿El qué?

—Hacer que disfrutes conmigo y más si es en sitios públicos.

—No vayas por ahí, hay mucha gente que nos puede ver. Además, hoy

elijo yo y no va a ser de esa manera.

Nunca me canso de que me bese. No ha insistido, parece que hoy quiere ser él el que se acote a mis normas. Pasamos un rato más en el agua haciendo carreras nadando y disfrutando de abrazos marinos.

Después de un buen rato sin parar, estamos agotados y decidimos ir a tumbarnos un rato mientras tomamos algo fresquito. Disfrutamos de las vistas y de la paz de la playa. De camino, vamos a coger un colorcito que la vamos a petar cuando volvamos. Quiero que Verónica me vea con mi bronceado mientras se muere de envidia por dentro, la paliducha esa. Ese es el recuerdo que le quiero llevar de nuestro viaje. Barato y complaciente para mí.

Ha sido un día bastante divertido y relajante. Será mejor que volvamos a darnos una ducha antes de que anochezca y cojamos frío.

—Vamos a ir a ducharnos ya, ¿no? — digo con desgana.

—Nos duchamos más tranquilos después de cenar. Vayamos a cambiarnos y ponernos guapos. Te debo una cena en condiciones.

Hemos subido a la habitación a alistarnos. Me he aseado un poco porque tampoco quiero ir oliendo a mar. A ver si esta cena merece más la pena que la anterior.

En el restaurante pijo del hotel, pedimos unas sardinas ahumadas y unas merluzas a la marinera. También picamos unos mejillones al vapor.

Acompañamos la comida con un vino blanco, que he podido comprobar en la carta lo caro que es.

—Todo esto está delicioso — le comento a Hugo con la boca medio llena.

—Se nota que saben trabajar con los productos del mar.

—Por el momento, tienes un ocho en la cena.

- ¿Sólo un ocho?
- Falta aún el postre, ¿qué vas a pedirte? Yo quiero tiramisú con helado de café, llámame clásica.
- Pido si quieres yo uno diferente y compartimos.
- Bueno... Según lo que elijas.
- ¿Qué te parece el tartar de piña con sopa de fresones y crujiente de pistachos?
- Cada día eres más pijo.
- Jajaja, será que cada día me conoces más.

Nos repartimos los postres y estaban realmente deliciosos, cada uno tenía su toque especial.

- Hoy he estado callado y obediente. Habré ganado puntos, ¿no?
- Unos pocos, sí. No te voy a negar que las cenas son más agradables cuando me dejas disfrutar de la comida — bromeo con él mientras le miro con cara de vacileo.
- En el fondo somos igual de graciosos por lo que veo.
- Te queda mucho que mejorar.

Terminamos de cenar. Estamos deseando llegar y bañarnos. Al menos es lo que quiero yo.

Llegamos a la habitación. Mi idea es disfrutar de un baño relajante, en el cual poder hacer maldades con Hugo. A ver si es verdad que es tan listo y pilla mis indirectas.

- ¡Qué ganas tengo de bañarme!
- Pues hazlo tú primero y luego me meto yo — ha de estar bromeando.
- ¿Podré frotarme la espalda sola?
- Pfff. ¡Qué pereza! Después de la que me has dado con lo de la crema

solar, ni me atrevo a ayudarte — ahhh, respira, Catherine, respira.
—Voy a meterme en la bañera, desnuda y mojadita. Qué pena que vaya a pasar frío.
—Llénala de agua muy caliente. Ya verás que no pasas frío — no lo intento más, paso de él.
— ¡Quiero que te bañes conmigo, idiota! — le alzo la voz muy molesta.

Me voy al baño, enciendo el grifo de la bañera y empiezo a desnudarme. Hugo se queda riéndose en la cama.

— ¡Tranquila, lo había pillado! — se ajusta a mi tono.
— ¡Pues métete ya! No me hagas cambiar de idea.
— ¡Voy!

Cuando llega, estoy completamente desnuda. Se me queda mirando.

—No puedo verte desnuda sin querer poseerte. No vayas a dejarme con las ganas — me dice desde la puerta.
—Si quieres disfrutar, ven a por mí.

Se acerca lentamente mientras me mira de arriba abajo, una y otra vez.

Me agarra la cabeza con fuerza y se muerde el labio.

— ¿Dónde quieres que te lo haga?
—En la bañera. Está preparadita para nosotros.

Metó los pies en la bañera y me quedo de pie. Me agacho a coger agua con la mano para derramármela por encima.

—Si tenías tantas ganas de mí, ¿qué haces aún vestido?
—Me he entretenido observándote, pero no sufras más, me sé desnudar muy rápido.

Se está quitando la ropa sin quitarme el ojo de encima. Su pene vuelve a sorprenderme, nunca los vi tan grandes.

Se mete en la bañera y se pone frente a mí. Me agarra cada cachete del culo con una mano y empieza a apretar fuerte. Mientras, refriega su polla contra mi clítoris y su pecho contra el mío. Su cabeza está apoyada en mi hombro.

— ¿Cómo quieres que te folle? — me pregunta en voz baja.

—Vamos a hacerlo sumergidos en el agua.

Empieza a sentarse.

—Ven, siéntate encima de mí. Verás qué asiento más comfortable te espera.

Le obedezco y empiezo a agacharme de espaldas encima de él. Cuando aún me quedan unos cuantos centímetros, su polla empieza a introducirse en mi vagina. Qué sensación tan placentera.

— ¿Te gusta tu nuevo asiento?

—Ni las burbujas del hidromasaje dan tanto gustito. Es ideal.

— ¿Sabes que el asiento se pone más feliz cuando botas?

—Me encantaría comprobarlo.

Empiezo a botar agarrándome a los bordes de la bañera. He llenado tanto la bañera que el agua se está bosando. Sus manos están sobre los laterales de mi culo, ayudándome a subir y bajar. Mi respiración está entrecortada de la excitación.

— ¿Estás cómoda o quieres que cambiemos? — se ha pensado que respiro así por cansancio, aprovecharé para cambiar de postura.

—Prefiero que intentemos más cosas.

Termino de acomodar mi espalda sobre él. Su polla sigue en mi interior, gracias al tamaño de su miembro, no se ha salido. Está dando golpecitos de pelvis contra la mía. Parece que le encanta ir metiéndomela, aunque sea sólo la punta. Posa su mano sobre mi clítoris y empieza a masturbarme con un suave masaje. Su otra mano está aguantando mi abdomen con fuerza.

Después de un buen rato, necesito más caña.

—Necesito que me des más fuerte — le ruego.

—Te vas a enterar de lo que es bueno — me dice con masculinidad.

Me echa para adelante con delicadeza.

—Levántate y no te gires.

Nos empezamos a levantar. Una vez de pie, empuja mi cuerpo contra la pared. Me coge las caderas para ponérmelas a la altura de su pelvis. Sin decirme nada, me la mete intensamente. Empieza a follarme con mucha energía. Creo que esta vez me voy a correr más rápido que la anterior.

Estoy gozando tanto que necesito masturbarme. Quiero correrme cuando antes.

— ¡Ahhh! — me he corrido más placenteramente que la otra vez.

Cuando me oye chillar, se acelera más.

— ¡Sí! ¡Ufff! Joder.

Hemos acabado casi a la vez. Menos mal que no ha durado mucho más porque yo estoy agotada.

Nos hemos vuelto a tumbar en la bañera para ver las estrellas a través de la claraboya. Aprovechamos para ir lavándonos un poco el cuerpo y el pelo.

Nos salimos de la ducha con las toallas puestas para secarnos. Nada más salir del baño, no puedo evitar tumbarme en la cama. Estoy exhausta. Hugo se acuesta a mi lado.

—No tengo fuerzas ni para vestirme — le digo medio dormida.

—No hace falta que lo hagas. Si tienes frío, puedes taparte o acurrucarte junto mí.

Nos quitamos las toallas. Destapamos la cama y nos metemos dentro. Apoyo mi cabeza en su pecho. Es hora de descansar.



Capítulo 15

Abro los ojos y veo que no hay nadie a mi lado. ¿Dónde está Hugo? Me levanto y me asomo al baño, pero no está. Aprovecho para lavarme la cara.

De repente, escucho cómo se rompe un cristal.

— ¡Mierda! — escucho la voz de Hugo de fondo.

— ¿Hugo? — le digo mientras me voy acercando al balcón.

Por fin lo encuentro, efectivamente, está en el balcón. Me ha preparado una mesa adornada con mantel y rosas, en esta hay un de café y tres tostadas.

Miro al suelo y me veo una taza rota y café derramado.

Hugo se acerca esquivando el desastre y me besa en la frente.

—Ya era hora, preciosa. ¿Cómo estás? — me pregunta con ternura.

—Después de todo lo que hicimos, me sorprende que esté en pie — acompaño mis palabras con un bostezo.

—Pues yo he dormido muy bien. Si quieres puedes tomarte tú el único café que queda — suspira.

— ¿Qué ha pasado?

—He tirado la taza al poner las flores en la mesa. Me estás pegando tu torpeza — me mira fijamente con las cejas levantadas y una sonrisa.

—Pues si no quieres que te pegue más cosas, regrésate ya que yo me quedo aquí disfrutando de las vacaciones — le bromeo.

—Me lo voy a pensar.

Se ríe. Mi cara es un poema, pero ha tenido gracia y me hace reír a mí también.

—Llama al servicio de habitaciones y pide otro café, así podemos desayunar juntos. No puedo tomarme yo uno y dejarte mirando.

—Mejor. Les pediré también que recojan esto.

Hugo está llamando para pedir su café. Voy a ir vistiéndome para que el servicio de habitaciones no me vea desnuda. Ahora que me percató, he estado desnuda en el balcón. ¡Qué vergüenza! Espero que no me haya visto nadie. Me voy a poner un mono de flores que me compré ayer, no pude evitar enamorarme al verlo.

Han tardado muy poco tiempo en venir y limpiarlo todo. Al fin podemos desayunar tranquilamente. Mi café se ha quedado un poco frío, pero Hugo ha insistido en que me tomase yo el que acaban de traer. Aunque sé que es un caballero, creo que también lo hace porque se siente culpable por lo sucedido; además, se lo merece por no haberme avisado de que estaba exhibiendo mi cuerpo desnudo en el balcón.

Tomar el desayuno con un clima agradable, unas vistas de ensueño y un hombre tan encantador es algo mágico. El sol está pegando en la playa, pero nuestro toldo nos da sombra. Apenas nos quedan unas horas para irnos, sin embargo, me quedaría aquí de por vida.

— ¿Qué me tienes preparado hoy?

—Pues no sé si dejarte elegir mejor a ti porque nada de lo que planeé puede superar lo que me diste anoche — se hace el enfadado.

—Hugo... — me sonrojo.

—Es verdad.

—No me hagas sonrojar y responde mi pregunta.

—Precisamente, lo de hoy quiero que sea una sorpresa.

—Cómo te odio a veces — refunfuño.

—Jajaja. Más me vas a odiar cuando descubras a dónde vamos.

Me he quedado pensativa. ¿Qué más cosas se pueden hacer aquí que ir a la

playa? Seguro que es una de sus bromas para asustarme, no creo que vayamos a hacer algo que sepa que no me gusta.

Nos terminamos de preparar y salimos a dar un paseo por la isla. Se nota que es una ciudad muy turística ya que los paseos de la zona están muy bien cuidados, además, te vas encontrando a personas de países muy diferentes. Estamos disfrutando tanto del paseo que ni hablamos.

— ¿Te apetece visitar la catedral? — Hugo rompe el silencio.

— ¡Sí! Me encantaría conocerlo todo sobre la ciudad — le respondo emocionada.

Después de una caminata de una hora, veo la catedral y es hermosa. Hugo me cuenta que es de estilo gótico. No entiendo mucho de arte, pero he de admitir que impone mucho. En su interior, lo que más me ha llamado la atención son sus coloridas vidrieras. El rosetón, al que también llaman Ojo del gótico, tiene las vidrieras más bonitas y es enorme. Se ve hermoso el reflejo de las vidrieras en las columnas.

La hemos visitado rápidamente, pero, sin duda, me llevo conmigo la majestuosidad de la Capilla Real y la peculiaridad de la Capilla de Barceló. Ahora, queremos adentrarnos un poco en la ciudad.

Nos encontramos en la cerca de la Plaza Mayor mirando tiendas. He comprado unos llaveros para mis tíos y mis primos, menos mal que son sólo cuatro y no tengo que comerme la cabeza con cuales elegir. Nos hemos sentado a comer en el primer restaurante en el que hemos visto que había hueco.

—Nos quedan poco tiempo por aquí, es una pena no haber visto más cosas.

—Ya volveremos a visitarla en condiciones. Sólo tenía la intención de que nos relajásemos con este viaje.

— ¡Qué te crees tú que voy a volver contigo! — intento hacerme la seria para que se pique.

— ¿Y con quién vas a venir? ¿Con el buenorro de tu jefe? — qué golpe más bajo me acaba de dar el idiota este.

— ¿Perdona? Yo tengo muchos pretendientes, aunque tú no te lo creas — le digo ofendida, pero sin dejar de tomármelo a broma.

—No lo dudo, pero aún no he visto ninguno, puede que sean invisibles — lo peor de todo es que tiene razón.

—Tan presumido que eres tú, yo tampoco he visto ninguna chica rondándote. ¿Será que no estás tan bueno? — eso le ha tenido que joder.

—Me las quito de encima para que cuando me veas, sigas creyendo que eres única.

—Claro que sí, idiota.

—Jajaja. Bueno, es hora de que te lleve a donde estaba deseando ir.

— ¿Dónde?

—Shhh, no seas impaciente. Vamos a ir al Hotel a por nuestras cosas y luego te llevo a ese sitio.

Hasta ahora he aguantado todas las facetas de él, pero el misterio que le da a las cosas... Me da mucha rabia. Por lo que me ha dicho, si hay que recoger ya las cosas del hotel, no creo que hagamos nada que nos haga sudar. ¿Os imagináis a los pobrecitos pasajeros del avión asfixiados con nuestro sudor? Seguramente sea algo tranquilo.

Ya estamos cargando las maletas en el taxi. Hemos tardado poquísimo en recoger las cosas ya que teníamos poco equipaje. Me impacienta imaginar qué haremos. Espero que no sea una de sus bromas y me esté llevando ya al aeropuerto. De ser así, lo mato y lo tiro al mar.

El taxi ha parado. Estamos en una zona rocosa y nos dirigimos hacia una especie de local a unos metros de la costa. Puedo leer “Club de buceo” ... ¡Cómo! Ni siquiera he terminado de leer el cartel de encima de la puerta.

— ¡Para! ¿Por qué nos dirigimos a un sitio que pone club de buceo? — digo muy nerviosa.

— ¡Sorpresa! ¡Vamos a aprender a hacer submarinismo! — le brillan los ojos.

—No, no, no y no. Me niego a hacer buceo.

— ¿Por qué? — pregunta como si fuera raro que me asustase.

—Porque me da miedo encontrarme con un tiburón.

—Jajaja. No tienes de lo que preocuparte, saben lo que hacen.

—Que no Hugo, que paso de arriesgar mi vida.

— ¿Me lo dice la que quería aventuras y se fue de barranquismo? — ahí me ha dado fuerte.

—Eso es diferente. Allí no había animales con dientes enormes que me pudiesen comer.

—Catherine, relájate y acepta mi sorpresa. Por favor, no me dejes hacerlo solo — la tranquilidad en su tono me hace animarme un poco.

—En principio, sólo voy a entrar a escuchar lo que nos tengan que decir. Después veo que hago.

— ¡Gracias, preciosa!

Entramos en el local. Allí nos espera un chico bastante joven. Por lo visto, Hugo había pagado una sesión de buceo para nosotros solos y el hijo del dueño nos iba a guiar.

Nos estamos vistiendo, este deporte tiene más equipamiento que el barranquismo. La botella de oxígeno y las aletas son lo más incómodo de

llevar fuera del agua, al menos para mí. Realmente, tengo tanto miedo a encontrarme un tiburón que ni he echado cuenta a lo que me decían. Hugo es el que ha estado ayudándome a vestirme y es quién se ha enterado de qué es cada cosa y para qué sirve. Como siempre, tendré que fiarme de él.

Me coge de la mano y seguimos al monitor, no lo voy a soltar en todo el rato. Salimos del local, por la puerta trasera, y nos hace sentarnos en un bordillo. Nos hace una seña, es hora de sumergirnos. Le estamos siguiendo sin dejar de mover las aletas. Yo, mientras, voy rezando para que no se aleje mucho.

El mar por dentro es precioso. Aunque no lo parezca, el Sol se refleja en este y le da cierta luminosidad; pero por si acaso llevamos unas linternas. Acabo de ver un banco de peces cerca de mí, se ven nadar más bonito que a través de un cristal. La flora marina tiene mejor aspecto que la terrestre ya que está más cuidada y sus colores son más intensos. Esto parece de otro planeta.

Siento mucha paz mientras buceo, los ruidos del exterior han desaparecido por completo. Fuera estrés y preocupaciones. El traje que llevo mantiene mi temperatura corporal. Todos esos factores unidos a la sensación de volar que sientes hacen de esta experiencia la mejor de todas las que he tenido practicando un deporte.

El monitor nos ha guiado por un tour que tienen preparado para los novatos como nosotros. Intenta recrear la búsqueda del tesoro y me parece una idea muy divertida. Tienen hasta una maqueta de un barco hundido que recrea un naufragio. Se pueden ver patas de palo, una bandera pirata medio rota, un cofre del tesoro, unas espadas... Todo muy de cuentos de piratas. Estoy muy contenta por haberme animado y haberlo pasado de lujo al lado de Hugo.

Después de un rato observando el barco, el monitor nos regresa a tierra. La verdad es que ha estado todo tan entretenido que ni he pensado en los tiburones.

Ya en tierra, nos cambiamos de ropa. Agradecemos al monitor su labor y nos dirigimos al taxi contándonos cómo nos hemos sentido. Ambos queremos repetir, nos ha encantado la experiencia. Espero que ahora cojamos de verdad el vuelo para volver a casa.



Capítulo 16

Si me estáis leyendo es porque todo salió bien. Nos volvimos durmiendo todo el trayecto de avión para estar descansados y que, así, Hugo pudiese conducir. Llegamos agotados de un viaje de relax, pero mereció mucho la pena.

He estado muy animada en el trabajo desde entonces. Mi jefe no me ha vuelto a nombrar a Hugo, así que supongo que la víbora de Verónica ha mantenido la boca cerrada. A mí desde luego que me ha estado saludando muy falsa y amablemente estos días. El colorcito que he cogido en la playa ha tenido que hacer que se reconcoma de envidia por dentro.

Han pasado más de tres días desde que volvimos del viaje y ya hoy tengo una reunión con mi idiota. Antes de eso, tengo que atender a una nueva clienta. Estoy dejando el despacho preparado con todo lo que tengo que explicarle sobre cómo trabajamos. Cuando hablo de dejar el despacho listo, me refiero a sacar toda la documentación que voy a necesitar para llegar a acuerdos con los clientes. Una vez listo el despacho, la esperaré fuera para que se sienta más acogida por la empresa.

A lo lejos, veo aproximarse a una chica muy atractiva. Está andando directa hacia mí, debe de ser mi nueva clienta. Es una mujer con cabello largo y oscuro, un vestido precioso de color coral y unos tacones negros de aguja. Sus piernas son de escándalos, quién las tuviera tan largas y esbeltas.

—Buenos días, señora Villamor — le digo mientras le tiendo mi mano en busca de un apretón.

—Buenos días, ¿Catherine? — mi jefe tiene la costumbre de dar los nombres de los empleados a los clientes, le parece más cálido que dar el apellido.

—Sí, esa soy yo. Pase, por favor.

Pasamos al interior y tomamos asiento. Mientras se va acomodando, puedo fijarme en sus enormes ojos verdes. Es un bombón en toda regla.

—Cuénteme primero qué quiere promocionar.

—He creado una nueva gama de cosméticos y quiero que esta vez mi público se amplíe.

— ¿A qué se refiere?

—Mis cosméticos siempre han llamado la atención de mujeres mayores y elegantes. No tengo quejas de ello porque mis ventas son altas, pero no me quiero estancar en eso.

—Entonces, quiere que sus productos lleguen también a llamar la atención entre la gente joven, ¿no?

—Más o menos, quiero que también los hombres se sientan identificados con mi marca.

— ¿Hombres?

—Sí, hombres. Hay muchos hombres que se maquillan para disimular sus imperfecciones o, simplemente, verse más guapos; además, hay muchos Drag Queens que ya han usado mis productos y les han encantado.

—Me parece una muy buena idea. Con esas expectativas llegará muy lejos.

—Muchas gracias, es usted muy amable — me sonrío por primera vez.

La reunión ha estado muy interesante. Me parece un reto que, si supero, puede abrirme muchas puertas. Es la oportunidad perfecta para que mi jefe se enorgullezca de mí y me haga más conocida en el mundo del marketing.

La señora Villamor es encantadora. Al principio ha estado muy seria, pero se ha ido soltando a lo largo de la reunión. Ojalá que todos mis clientes sean

como Hugo y ella porque así jamás me cansaré de mi trabajo. A pesar de lo amable que ha sido, prefiero que se vaya ya para poder reunirme con Hugo.

—Ha sido todo un placer señora Villamor. En la próxima reunión le enseñaré varias propuestas de marketing, las cuales espero que le gusten.

—Gracias por todo. Por lo que hemos estado hablando, no tengo duda de que su trabajo será impecable.

Ya se ha ido. Tengo que dejar el despacho preparado para recibir a Hugo, no me aguanto las ganas de verlo.

De un momento a otro, empiezo a escuchar unas voces un poco subidas de tono. Parece que vienen desde el final del pasillo. No tengo dudas de que una de ellas es la de Hugo. Tengo que ir corriendo a ver qué está pasando. Me asomo por la puerta y puedo oírlo todo.

— ¿Y qué pasa con tu hijo? ¿Te has olvidado de que existe? — es la voz de la señora Villamor.

Me salgo por completo del despacho y, en ciertamente, el hombre que está frente a ella es Hugo. ¿Por qué le reclama que pasa de su hijo? Me cuesta creer que sea padre y no me lo haya dicho. Estoy confusa ante la situación.

—No he pasado de nuestro hijo. Es sólo que desde que me dejaste, no me he atrevido ni a llamar ni a ir a verlo — se excusa Hugo.

La discusión me está dando ansiedad. No puedo meterme en medio ya que toda la oficina se enteraría de nuestra relación. Lo único que puedo hacer es respirar profundamente y acercarme a poner un poco de paz. Voy a ir a ver si puedo hacer que se calmen, aunque sea yo la que, probablemente, lo esté pasando peor.

— ¿Qué está ocurriendo aquí? No podéis armar estos jaleos en la oficina — les regaña con la intención de enterarme de algo más.

—Lo siento mucho. Este impresentable es mi ex y no he podido aguantarme las ganas de dejarle claras un par de cosas — me aclara ella.

—No te creas sus mentiras, Catherine. Sólo busca hundirme.

—No me metáis en vuestras discusiones. Yo sólo soy quién va a ayudaros a promocionar vuestros productos, no tengo que posicionarme. Así que, si sois tan amables, que cada uno tome su camino. Ya quedaréis para hablar de vuestros problemas personales.

Al decir eso, ambos han agachado sus cabezas y han seguido su rumbo. Me he tenido que mantener muy diplomática porque, si es por Hugo, ya se habrían dado cuenta de que nuestra relación es más que profesional. ¿A quién se le ocurre decirme delante de todos que no me crea las posibles mentiras de ella? Más le vale tener una buena explicación para todo esto.

He dejado que Hugo se adelante y me espere en el despacho. Necesitaba unos segundos de desventaja para poder tranquilizarme por el camino, estoy de los nervios.

Entro en el despacho y lo miro, se le ve algo decaído.

— ¿Qué ha pasado? — le pregunto mientras me siento.

—Me he cruzado con mi ex y se ha puesto a liarla — suspira, su tono refleja su agobio.

—Si lo de tu hijo es verdad, no me extraña — le recrimino.

—No es cierto, no me ha dado tiempo a pasar de él. Me dejó hace relativamente poco y estaba recobrando fuerzas para enfrentarlo todo — me mira con cara de inocencia.

—Entonces, ¿es cierto que eres padre?

—Sí, soy padre de un niño de 4 años.

—Ah, muy bien. Y yo no tenía derecho a saber eso.

—Catherine, sabes que lo he pasado muy mal y la verdad es que no quería que eso te asustase.

— ¿Qué clase de monstruo te crees que soy para no verme capaz de aceptar a un niño pequeño?

—No lo sé. Sé que no eres mala persona, pero tampoco es nada raro que el verse con un niño asuste.

—Pues no, no soy así. Yo te aceptaría con un millón de niños si hiciera falta. Lo que no puedo aceptar es a un hombre que me oculta las cosas y, además, no se hace cargo de su hijo.

—No me digas eso, te juro que he pensado mucho en él. He estado mandándole a mi madre todo lo que ha ido necesitando. Ella ha estado cuidándolo algunos días y me ha estado informando; pero no me he visto con fuerzas de hablar directamente con él — al oír eso, me calmo un poco.

—Si es verdad lo que dices, no creo que hayas actuado tan mal. Ya sabes que lo correcto es que lo llames porque es muy pequeño y no tiene la culpa de lo que hagan sus padres.

—Eso voy a hacer nada más salga de aquí. Te lo prometo.

—Espero que así sea. Vamos a empezar ya la reunión para acabar cuanto antes.

Se nota la frialdad entre nosotros. Después de lo sucedido, no tengo gana ninguna de estar cariñosa con él. No me gusta que me haya ocultado algo tan importante como eso. Entiendo sus motivos, pero no me parecen suficientes.

Tras la reunión, invito a Hugo a irse. Por el momento, necesito espacio. Se acerca para besarme, pero le quito la cara y, sin insistir, se va. Me duele hacerle este tipo de cosas, pero no me sale actuar de otra manera.

Mi cabeza es un rebujo de emociones cuando pienso en Hugo. No sé ya si confiar en él o no hacerlo, si preguntarle cómo está o ignorarlo, si seguir con él o dejarlo ir... No me aclaro. ¿Qué hace conmigo después de estar con semejante mujer? Si arreglan las cosas, ¿se irá con ella? ¿Cómo me recibirá su hijo si decido ser su madrastra? Tengo demasiadas preguntas, pero hay una que me ronda más que las demás: ¿cómo le sentará todo esto al señor Márquez? No quiero perder mi trabajo tampoco.



Capítulo 17

He estado dándole muchas vueltas a lo ocurrido y he decidido no pensar en nada. Antes de Hugo, mi vida era tan aburrida que estaba amargada; pero todo lo vivido últimamente me ha sacado de la rutina. No es que haya cambiado radicalmente mis pensamientos, sino que he decidido dejar que la vida fluya. Aunque esto último no quita el seguir queriendo estar con Hugo o no, no podré seguir con él si resulta no ser una buena persona con su hijo.

Voy a coger el toro por los cuernos y llamarlo para hablar más tranquilamente de nuestro futuro juntos.

— ¡Oh, Catherine! Necesitaba saber de ti — me dice ilusionado.

—Hugo... No han pasado ni cuatro días. No me seas exagerado.

—Después de cómo estábamos la última vez, para mí ha sido una eternidad — me gustaría creérmelo más.

—Pues ya ha terminado tu eternidad. Necesito que hablemos en persona, ¿cuándo puedes quedar?

—Ya, ahora mismo.

—Vale. Yo estoy saliendo del trabajo, si quieres te espero en la peluquería de enfrente.

—Sí, claro. Estoy allí en unos minutos.

Parece que está muy preocupado por lo nuestro. Tendrá que ir demostrándome que es un buen padre para poder seguir con él. Un hijo debería de ser la persona más importante del mundo para un padre, quiero ver que para él no es mucho menos que eso.

Ya está aquí, se está acercando. Le voy haciendo señas para que se espere dónde está, no quiero que alguien de la oficina nos vea. Por el momento, mi

jefe está tranquilo y no me ha llamado para nada. Por más que intente ser optimista, los miedos no se van tan rápidamente. Espero que todo se aclare y no tener esta tensión constante.

Me acerco hacia Hugo y le doy dos besos en la cara.

—Buenas, ¿podemos ir a tomar algo? — le ofrezco a Hugo.

—Por supuesto. Conozco un sitio cerca de aquí en el que ponen unos capuchinos muy ricos.

—Vale, vayamos pues.

El silencio se apodera de nosotros en este tipo de situaciones, nunca sabemos muy bien qué decir. La verdad es que lo prefiero así, no quiero que acabemos peleando antes de sentarnos a hablar.

No tardamos mucho en llegar a la cafetería y se ve muy chic. Tiene un estilo británico muy marcado. Si por mí hubiese sido, acabaríamos en una muy simple y con mesas de plástico con los logos de Pepsi. ¿Cuánto costará el capuchino aquí? Más le vale invitar a él que es quién ha elegido venir aquí.

Nada más cruzar la puerta se nos acerca una chica joven muy agradable, la cual nos lleva a una mesa y nos facilita la carta. Se queda esperando a nuestro lado. Le devolvemos la carta.

—Y bien, ¿ya se han decidido? — pregunta cordialmente.

—Sí, a mí póngame una tila y un trozo de brownie — le pide Hugo.

—Póngame lo mismo, gracias.

—Enseguida.

La camarera se va a por nuestras cosas.

— ¿Una tila? — le pregunto a Hugo con curiosidad.

—Sí, es para prevenir. Si lo que me tienes que decir es malo, al menos me tranquilizará y el brownie es para quitar el amargor si algo sale mal.

—Jajaja. Eres demasiado previsor — no puedo evitar reírme ante sus peculiaridades.

—Si te extraña lo que pido, ¿para qué me imitas? — no puede evitar picarme.

—Porque sé que tienes buen gusto y como no conozco el sitio, pensé que elegías las especialidades de la casa.

—Sin duda tengo el mejor gusto de todos, me fijé en ti — su mirada es demasiado tierna como para soltarle una bordería.

—No me intentes ganar con esas jugadas, listillo. Es mejor que empecemos la conversación seria cuanto antes.

—Esperemos a que llegue lo que hemos pedido, ¿no?

—Vale. ¿Qué hacemos mientras?

—Antes de que me digas nada, quiero contarte lo que estuve haciendo el jueves y el viernes.

—De acuerdo, dime.

—Cuando me fui de tu oficina, pensé en lo mal que me había portado con Huguito. Es un niño encantador y he pagado mi malestar emocional con él.

—Espera. ¿Tú hijo se llama como tú? — interrumpo.

—Sí, así es.

—Sólo quería asegurarme. Continua.

—Pues eso. Me aterraba volver a mi ciudad después de todo lo sucedido, ya que eso me iba a traer nostalgias. El no querer ir para allá conllevaba no ver a mi hijo, pero también temía una cosa de él, no quería oír que tenía un nuevo “papá”. Sé que he tomado malas decisiones, pero mis sentimientos también cuentan. Llámame egoísta si quieres, yo sólo

pensaba en no encontrarme con situaciones que me hiciesen hundirme más — hace una pausa respirar tranquilamente.

Nos sirven lo que pedimos.

—Si todo eso lo entiendo. Lo que quiero saber es hasta qué punto ibas a llevar tu egoísmo.

—No mucho más lejos. Estaba esperando a estar mucho mejor contigo y pedirte que me ayudaras a enfrentarlo. Aunque, por desgracia, todo ha estallado antes de lo esperado.

—Ahora que he salido en la conversación, ¿también estabas anímicamente mal conmigo? Porque, sinceramente, no lo parecía.

—Catherine, no te lo tomes a lo personal. Si no he caído en una depresión ha sido gracias a ti, eras mi único motivo para sonreír — me coge de la mano que tengo apoyada en la mesa.

—Hugo... He tenido tantos palos que la verdad es que me cuesta confiar en una persona que me oculta algo tan importante.

—Sé que no es fácil créeme ahora, por eso te quería contar lo que he hecho.

—Deja el misterio y suéltalo ya.

—Cuando me fui de la oficina, llamé a mi madre. Supuse que ella tendrá a Huguito ya que Patricia, mi ex, estaba fuera de la ciudad. Mi madre me confirmó que estaba con él hasta el día siguiente, se lo iba a quedar a dormir. Fue entonces cuando, sin pensármelo dos veces, conduje hasta allí. No puedo describir la felicidad tan enorme que sentí al ver a mi hijo, rompí a llorar nada más abrazarlo. No me quería soltar y me dijo que me había echado mucho de menos — le da un sorbo al té para calmar su emoción al contarle.

—Me alegra mucho oír eso. ¿Qué más pasó?

—Pues que decidí pasar toda la tarde jugando con él. Fuimos al parque y disfrutamos mucho. Por la noche, fui incapaz de irme así que decidí quedarme a dormir. Aproveché todo el tiempo que pude para estar con mi hijo. Una hora antes de que Patricia fuese a buscarlo, me despedí de él y, con mucha tristeza, me volví. Y aquí estoy, muy contento y con ganas de repetir.

—Has hecho lo correcto. Estoy muy orgullosa de ti.

—Sabes que no soy mala persona ni hago las cosas para hacer daño, no dudes de mí. Sé que en el fondo crees en mí y que no me has dejado aún por ese mismo motivo. Te necesito a mi lado para que mi felicidad sea completa, no te vayas — me ruega.

—No me quiero ir de tu lado, sólo necesito ir conociéndote un poco más. Entiende que aún pueda llegar a desconfiar.

—Tranquila, sé a lo que te refieres. Si necesitas conocerme mejor, te prometo que voy a ir enseñándote algo nuevo de mí cada día. No habrá cita en la que no conozcas una cara nueva del idiota este. Si lo hacemos así, llegará el día en el que repita las mismas acciones y comportamientos una y otra vez. Ese día podrás decir que me conoces por completo. ¿Te parece bien?

—Está bien, así lo haremos.

Volvemos a sonreírnos como antes. Es el momento perfecto para besarnos. Levanto el cuerpo de la silla, me lanzo a sus labios y le planto un beso. He caído me taza de té en la mesa menos mal que, mientras Hugo hablaba y hablaba, me había tomado toda la tila y la taza estaba vacía.

—Jajaja. ¡Qué torpe que eres!

—Idiota.

— ¿Sabes lo más curioso?

—No, dime.

—Cuando me has besado, me ha parecido ver el reflejo de un flash.

¿Serán los dioses iluminando tan lindo beso? — me lo tomo a broma al ver que me guiña un ojo.

—Seguramente — no sé si dejaré de sonrojarme alguna vez por ese tipo de frases que me suelta.

El té terminado, la situación arreglada y yo con ganas de ir a casa a descansar. Me he quedado mucho más tranquila con respecto a Hugo, ahora puedo relajarme.

—Hugo, me encantaría quedarme más rato, pero me apetece estar en casa.

—Sí, claro. Yo también debería irme, ¿vienes conmigo?

— ¡Sí!

Salimos súper contentos, abrazados y riendo; evitando, además, los besos en público. El beso que nos dimos antes fue inevitable para mí.

Me ha traído a casa y me ha dicho que tiene una sorpresa para mí. Este sábado sabré de qué se trata, estaré impaciente hasta entonces. La espera se me va a hacer más feliz al ver que Hugo era cómo me pensaba en un principio. La quedada de hoy me ha animado mucho.



Capítulo 18

¡Hoy he estado de excursión! Bueno, no ha sido tan divertido como suena. Mi jefe me llamó anoche para que fuese antes a la oficina y recogiera unos papeles. Cómo mi trabajo va tan adelantado y él no tiene tiempo, me he encargado de llevar el papeleo de la empresa a dónde me había dejado indicado por escrito. Todo puede resumir en correr de un lado a otro, esperar largas colas y entregar papeles con miedo a qué me pregunten sobre ellos; ya que no sabía ni lo que estaba entregando.

Ahora mismo, me encuentro en una cafetería esperando a Patricia, la ex de Hugo. Esta, me llamó esta mañana para decirme que tenía que hablar conmigo. En un principio me negué, pero me rogó lo suficiente como para hacerme pensar que era importante. Además, creo que me conviene llevarme bien con ella, eso evitaría muchos problemas futuros entre ellos.

La he citado en la cafetería dónde, a veces, vengo a comer. Hoy no tengo que volver a la oficina después del almuerzo ya que, con la mañana tan loca que tuve, mi jefe me ha dicho que me fuera pronto. Como he quedado con ella un poco más tarde, aprovecho para mirar cosas en el móvil y tomarme una Pepsi tranquilita.

Estoy de espaldas a la puerta y puedo sentir cuando entra a gente. Creo que acabo de escuchar a voz de Verónica, prefiero ni girarme para que no me vea y me hable falsamente. Parece que no ha venido sola. Se han debido sentar cerca ya que puedo oír lo que están diciendo.

—Has quedado con la estúpida esa después, ¿no? — se ve que no soy la única que le cae mal.

—Sí, se le van a quitar las ganas de cruzarse en mi camino — ¿es esa la voz de la señora Villamor?

—Jajaja. ¿Ya sabes qué le vas a contar? — tiene risa de bruja.

—Tengo preparada una historia llena infidelidades y sufrimiento. Te puedo asegurar que con eso se le van a quitar las ganas de estar con Hugo

— ¡están hablando de mí!

—Esa chica es tan tonta que se lo va a tragar todo.

—Eso espero. Necesito que Hugo sólo tenga dinero para mí y mientras siga creyendo que es el padre de Huguito, no dejará que pase penurias — tiene que haber una cámara oculta por aquí cerca, esto es demasiado fuerte para ser verdad.

—Fue muy inteligente de tu parte el ponerles el mismo nombre a ambos. ¿Sabe Guillermo que es su padre verdadero?

—No, no puedo hacer eso. Él gana menos que Hugo y sería perder dinero a lo tonto. Una necesita cubrir sus caprichos — me está entrando hasta fatiga escuchar lo que están diciendo. — Debo darte las gracias por haberme avisado de que Hugo andaba por aquí.

—No hay de qué. Ya te dije en su día que era una buena idea que nunca me conociese, así era imposible que me pillase.

—Cinco años evitando presentaros, ha dado sus frutos. Seguramente piense que te ponía de excusa para quedar con Guillermo y que ni siquiera existes. Lo más divertido de todo es que la mitad de las veces era eso lo que hacía. Jajaja.

No puedo aguantar escuchando durante más tiempo a estas víboras. Me voy a levantar para decirle un par de cosas.

— ¡Ya está bien! ¡Dejad en paz a Hugo! — les grito mientras me acerco su mesa.

Patricia se ha puesto blanca mientras que Verónica ni se ha inmutado.

—Mira, Catherine, no sé qué habrás oído, pero te aseguro que será mejor que lo olvides — me advierte Verónica con cara de triunfadora.

—No, no voy a olvidar nada. Ahora mismo pienso ir a contárselo todo a Hugo — le digo muy enfadada.

—No vas a ir. No te conviene contar nada.

— ¿Por qué dices eso?

—Porque tengo una foto de Hugo y tuya besándoos en una cafetería — acabo de acordarme del flash que Hugo me dijo que sintió.

— ¿Y qué pasa con esa foto?

—Que, como abras la boca, la foto caerá en manos del jefe y te irás de la empresa.

—Prefiero buscar otro trabajo a estar chantajeada por ti cada dos por tres. No me voy a dejar ningunear por una tiparraca como tú.

— ¿Crees que Hugo va a permitir que le digas que su hijo no es suyo? Si haces eso, se va a enfadar muchísimo contigo — interrumpe Patricia.

—No intentéis engañarme con vuestras patrañas. No voy a dejar que os salgáis con la vuestra.

Tras decirles eso, he salido a toda prisa de allí. Cada vez me sorprende más la verdadera Verónica. Me llegué a creer que le chivó mi romance con Hugo al jefe por hacerle un bien a la empresa. Qué ingenua que soy a veces. Lo peor de todo es que a quién quería joder, en realidad, era a Hugo.

Tengo que ir a un lugar más tranquilo para llamar a Hugo y contarle toda la verdad, se lo tome como se lo tome. Me voy a sentar en una plazoleta, la cual está entre la cafetería y la oficina, para hablar con él.

—Buenas tardes, preciosa.

—Hola... ¿Puedes venir a mi casa esta tarde? — me desanima mucho el

pensar en lo que le tengo que contar.

—Tendría que ser a partir de las 8, antes no puedo. ¿Es urgente?

—No, no. A esa hora me viene bien.

— ¿Llevo algo para picar?

—No hace falta. De camino a casa me pasaré por una tienda a comprar algo para después.

—Entonces, luego nos vemos. No puedo hablar mucho más tiempo contigo, tengo que seguir trabajando.

—Ya iba a colgar, no te apures. Hasta esta noche, un beso.

— ¡Un beso enorme! Nos vemos luego.

Ya he dado el primer paso: quedar con Hugo en un lugar más íntimo. Ahora, cuando llegue a casa, me daré una ducha relajante para poder desconectar un poco de esta locura. A veces pienso que todo esto es un sueño y sólo tengo que despertarme para volver al día en el que me ascendieron; pero parece ser que esto es la realidad.



Capítulo 19

He estado andando tan lento, pensando en todo, que he tardado más que nunca en llegar a casa; y si Verónica cumple su amenaza de enseñarle la foto a mi jefe, será de las últimas veces que haga ese camino. Ni siquiera me acordé de comprar, pero por suerte siempre tengo porquerías en casa. Voy a bañarme ya para que no se me haga más tarde.

El baño de agua caliente que me acabo de dar me ha venido muy bien. Estoy recogiendo todo para recibirlo. Está a punto de llegar y mis nervios van en aumento.

Ha sonado el portero, lo cojo y, como era de esperar, es él. Ha llegado la hora. Espero detrás de la puerta para abrirla cuando llame.

¡Rin, rin!

Ya está aquí. Abro la puerta y viene vestido con un traje azul. Está muy guapo. Me quedo hipnotizada ante semejante galán. Empieza a sacar algo que tiene escondido en su espalda. ¡Es un ramo de rosas!

— ¡Son preciosas!

—Como tú.

—Qué tonto eres. Pasa, anda — entra al interior. — ¿A qué se debe este regalo?

—Como ya que te dije, voy a enseñarte todas mis facetas y hoy tocaba la romántica — me besa.

—Pues, aunque te lo agradezco de corazón y estoy muy feliz con el detalle; siento decirte que has elegido un mal momento.

— ¿Por qué?

—Porque tengo que contarte algo. Ya sabes que no me ando con rodeos así que toma asiento y prepárate para una muy mala noticia — tomo aire mientras nos sentamos en el sofá del salón.

—Catherine, me estás asustando. Dilo y ya.

—Hugo, tu ex te ha estado engañando. Huguito no es tu hijo — lo he dicho tan rápido que no sé si se me ha entendido.

— ¿Por qué dices eso? Me parece una broma de muy mal gusto — me parece que está algo molesto.

—Escuché cómo se lo decía tu ex a Verónica.

— ¿Qué tiene que ver Verónica con mi ex? No entiendo nada.

Le he estado contando a Hugo cómo llegué a escucharlas hablar y sobre qué hablaban. Ha estado muy callado. Se nota que le está costando creerme.

— ¿Y cómo sé yo que esto es cierto? ¿Tienes alguna prueba? — cada vez está más enfadado.

—Amor... No te mentaría jamás con un tema así.

—Quizás sea porque te da miedo ser madre al estar conmigo.

— ¡Jamás! Me estoy sintiendo muy ofendida. Mira, si quieres que te tomen el pelo para sacarte el dinero, vale; pero el día que descubras que yo tenía razón, ni se te ocurra volver a llamarme.

—Lo siento, no quería ofenderte. Entiende que, si alguien te dice que tu hijo no es tu hijo, te duele escucharlo. Tampoco sé de qué manera descubrir que eso es verdad.

—Hugo, deberías de llamar a Guillermo y poneros de acuerdo para pedir pruebas de ADN. Habla con tu abogado, si Patricia se niega y seguro que consigue que se apruebe en un juicio.

—No quiero dejar de ser el padre de Huguito... — sus lágrimas están a

punto de caer.

—Escúchame, seguro que consigues de una manera u otra que te permitan verlo. Pero el niño tiene derecho a saber la verdad al igual que su verdadero padre. Eso no quita que sigas cuidando de él o regalándole cosas. Tú haz lo correcto que ya iremos solucionando los problemas que se nos vayan presentando.

—Tienes razón. Voy a llamar a Guillermo para explicarle todo esto. Y que sepas que, si hago esto, es porque creo en ti — pellizca mi mejilla.

—Gracias por hacerlo — le sonrío orgullosa.

Hugo se ha ido a mi habitación a hablar con Guillermo. Mientras, me quedaré aquí viendo la televisión hasta que termine y me cuente.

De repente, me suena el teléfono. Es el señor Márquez. Creo que se masca la tragedia.

—Buenas noches, señor Márquez, ¿qué se le ofrece?

—Perdona por llamar tan tarde pero no quería que hablásemos con prisas.

—No se preocupe por la hora. ¿Qué quería decirme?

—Quería que me contara toda la verdad sobre su relación con Hugo.

—Es muy simple. Hugo y yo nos hicimos novios mientras promocionaba su producto. Estoy enamorada de él y no pienso dejarlo — le digo claramente.

—Sigas con él o no, supongo que entenderás que no puedes seguir en nuestra empresa. En la política lo pone bien claro: “Si incumples las normas, dejas de pertenecer a la empresa” — su tono se ve muy relajado como si despidiera gente todos los días.

—Estoy de acuerdo. ¿Me puedo acercar mañana por mis cosas?

—Sí. Pásese también por mi despacho a por la carta de recomendación que le he escrito y a fijar las condiciones del despido. Hasta mañana.

—Allí estaré a primera hora. Hasta mañana.

Sabía que Verónica lo había hecho, seguro que se acercó a darle la foto después de lo sucedido en la cafetería. Lo estuve asumiendo a lo largo del día y eso ha hecho que no me afectase mucho. Sé que el señor Márquez quería hablar más, ya que me tiene mucho cariño, pero seguramente no se atrevió a decir más cosas debido a mis contestaciones. No le guardo rencor es sólo que quiero acabar cuanto antes con todo aquello que me haga estresarme.

Al cabo de un rato, Hugo vuelve al salón. Se le ven los ojos algo rojos.

— ¿Estás bien? Parece que has llorado.

—Sí, hemos estado hablando de Huguito y me he puesto muy mal. No todos los días tengo que llamar a otro hombre para decirle que es el padre de mi hijo.

— ¿Y qué te ha dicho?

—Él lo sospechaba así que, entre ambos, vamos a pedir esa prueba de paternidad — se le cae una lágrima más.

—Tranquilo, tumbate encima de mí y relájate. — se tumba en el sofá apoyando su cabeza sobre mis piernas. — Huguito te lo agradecerá el día de mañana. Te lo prometo.

—Lo sé. Gracias por contarme la verdad.

—Para eso están las parejas, las parejas de verdad — le beso la frente.

Llevo un rato acariciándole la cabeza, se le ve muy a gusto. No quiero atosigarlo con mis problemas, pero quiero contarle lo de mi trabajo.

—Hugo, ¿puedo contarte algo? — le hago esa pregunta para comprobar si está despierto.

—Sí, claro. Lo que quieras.

—Mi jefe me ha llamado mientras hablabas con Guillermo. Me ha

despedido — le digo con desinterés.

—Perfecto. Ya podrás ser parte de mi empresa — suelta una risa malvada.

—Bueno, bueno, ya negociaremos las condiciones. Lo mismo no me interesa tu oferta de trabajo — le vacilo.

—Disfrutas sexualmente del jefe, qué más quieres — su risa de ahora es algo pícara.

Intento besarlo sensualmente pero no me sigue el juego.

—Hoy no estoy para esas cosas, lo siento — me dice con lástima.

—Entiendo. Qué tonta he sido al malinterpretar tu broma — suspiro.

—Bueno, pues con tu permiso, me voy a ir yendo ya. Necesito madrugar para terminar de preparar la sorpresa que le estoy haciendo a una chica muy guapa. Me queda muy poco tiempo — le brillan los ojos, no sé qué será.

— ¡No pierdas más el tiempo! Seguro que a esa chica le encantan tus sorpresas — le empiezo a empujar hasta la puerta.

Abro la puerta y lo empujo para afuera.

— ¡Espero que merezca la pena!

Salto para besarle y cierro la puerta.

Necesitaba romper con la situación tan incómoda de antes. ¿A quién se le ocurre intentar tener sexo con él después de semejante noticia? Solamente a mí. Lo bueno es que sé que no me lo va a tener en cuenta, es muy comprensivo.

La verdad es que también me intriga mucho lo de su sorpresa. ¿Qué tipo de sorpresa necesita tantos días de preparación?



Capítulo 20

Estoy vistiéndome a toda prisa. Mi tía me ha llamado para que baje corriendo porque me necesita urgentemente. Al oír eso, me he asustado mucho pues parecía que se trataba de algo malo; pero me ha aclarado que no era así. Me ha dicho literalmente “cómo se me escape por tu culpa, en mi casa no vuelves a entrar”. Aunque sé que es incapaz de cumplirlo, le preferí dejar de preguntar.

No puedo evitar pensar que hoy, precisamente, he quedado con Hugo; es el día en el que me daba su sorpresa. Espero tardar poco con mi tía porque tengo muchas ganas de saber qué es lo que tiene para mí.

Nada más termino de peinarme, bajo a toda prisa. Esta mujer no ha dejado de llamar al portero para que me apresurara y he tardado muy poco en prepararme.

- ¡Menos mal! Métete en el coche que tenemos que salir cuanto antes —
da una palmada para que lo haga rápido
- Pero ¿dónde vamos? — le pregunto desesperadamente.
- Confía en mí. Ya te dije que no puedo decírtelo.

Nos metemos en el coche y arranca enseguida. Es raro que ni se haya acordado de darme un beso ni un abrazo. Ya sabéis que es una mujer muy cariñosa.

Durante el trayecto, no contesta a ninguna de mis preguntas; parece que soy invisible e insonora para ella. No quiere decirme ni a dónde vamos, ni qué pasa, ni si es algo relacionado con mis primos... Nada. No consigo que pie así que dejo de intentarlo pronto porque sé que es una batalla perdida. Si esta

mujer se empeña en no hablar, os aseguro que no habla.

El camino cada vez se me va hace más familiar, por este mismo se llega al club de barranquismo. ¿Os imagináis a esta mujer allí? Sería un buen show. No creo que sea su destino, pero no sé a qué otros lugares se pueden llegar cogiendo esta ruta.

Ha cogido el mismo desvío que hay para ir al club.

—Tita, por casualidad no estás yendo a mi club de barranquismo, ¿no?

—Sí, voy allí pero no te diré más nada — dice con la cabeza alta.

Su respuesta me sorprende un poco. No entiendo qué hacemos aquí porque esta señora ha hecho voto de silencio. Me huele a que Hugo ha tenido mucho que ver en esto ya que es la única persona cercana que ambas conocemos de los que vienen por aquí. Dudo que mi tía quiera aprender algo sobre barranquismo y, cómo sé que se cayeron tan bien, seguro que él ha sido capaz de hacer que venga. Es demasiado obvio. Ciertamente, me alivia un poco saber que no me voy a perder la sorpresa de Hugo por estar en otro lado.

Y, efectivamente, ha aparcado en el club. Pronto, se acercan un monitor a nosotras.

—Ven conmigo, Catherine.

Miro a mi tía desconcertada. ¿Qué quiere este hombre de mí?

— ¡Ve! Tú obedece a estos señores.

Me facilita un equipamiento de barranquismo para que me lo ponga. Lo hago y me pide que le siga. Al poco tiempo, para delante de un árbol en el que parece que hay una tarjeta rosa.

—Sigue el camino de las tarjetas — me indica.

— ¿Para qué?

No responde a mi pregunta. Se va alejando de mí. Le voy a obedecer porque mi tía me lo ha pedido y confío en ella. Me ha hecho un poco de gracia la situación ya que ha sido todo muy místico. Me acerco a leer la primera tarjeta.

“Lee el rastro de mensajes hasta el final y hallarás tu sorpresa.”

Sabía que se trataba de Hugo. Por el momento, se ve que se lo ha ido currando.

Veo que hay unos cuantos árboles seguidos con tarjetas colgadas. Estoy en una zona muy poblada de estos. Decido ir leyéndolas en orden para ver hasta dónde me conducen.

“Nos conocimos con un tropiezo, pero eso no nos impidió iniciar nuestra historia...”

“...Al principio, parecía que no íbamos a llevarnos bien nunca, pero puedo decir, orgullosamente, que hoy en día no hay persona con la que mejor me entienda...”

“...Me has demostrado ser la compañera ideal para atreverme a probar y realizar cualquier actividad...”

“...Has sido capaz de demostrar al mundo entero que se puede realizar un trabajo con amor de por medio; sin que este influya negativamente...”

“...Eres capaz de hacerme reír o calmar mis lágrimas sea cual sea la circunstancia...”

“...Sé que puedo confiar en ti para todo y eso me hace sentirme muy seguro a tu lado...”

“...No tienes miedo a nada y eres capaz de salir a comerte el mundo...”

“...Al igual que yo, estoy seguro de que piensas que esto es sólo el principio...”

“...Nos queda mucha historia que escribir, pero aún nos faltan palabras claves para empezar los mejores capítulos...”

“...Me gustaría que nuestra historia continuase con palabras que siento y nunca dije...”

“...Catherine, te quiero.”

Estoy como en una nube, no se puede ser tan tierno. Me hace muy feliz saber que tiene esa visión de nosotros, pero lo que más me ha emocionado ha sido leer el “te quiero”. Es un sentimiento que a ambos hemos exteriorizado pero que nos ha costado decir con palabras. Estoy deseando verlo para decirle que siento lo mismo que él.

Los árboles se van acabando, estoy llegando a una zona más despejada. A unos quince metros, puedo ver a Hugo. Está parado mirando hacia dónde estoy yo. Lleva puesto el equipamiento de barranquismo. Me dispongo a leer la última tarjeta.

“Seguramente ya me estés viendo. Ven hacia mí y descubre tu sorpresa.”

Voy corriendo hacia él, estoy muy intrigada.

— ¡Hugo! — le voy saludando con la mano.

Se mantiene quieto, pero no puede evitar reírse.

—Jajaja. Pareces una niña de cinco años que se encuentra a un amigo del cole — me dice cuando estoy cerca.

— ¡No te cargues este momento con tus bromas! A ver si ahora, el beso que te has ganado con lo de las tarjetas se va a convertir en una hostia — le amenazo bromeando.

—No, no, mejor no nos carguemos el momento.

Se acerca a mí y me agarra de la cintura. Apoya su frente en la mía.

— ¿Quieres ver ya tu sorpresa?

—Estoy deseándolo. No me hagas esperar más — le ruego.

Me acaricia la mejilla y me besa suavemente.

—Vamos a bajar un poco este barranco, por eso, te he hecho ponerte el equipamiento. En el barranco de enfrente está tu sorpresa. No puedes mirar hasta que te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo — le digo emocionada.

¿Qué sorpresa puede haber en un barranco? A simple vista se puede ver que ambos barrancos están muy cerca así que tampoco tiene porque ser una cosa muy grande.

Me puse de espaldas dejándome guiar por él pues me tenía que llevar hasta el borde del barranco. Una vez en el filo, comenzamos a bajar. Él iba por debajo de mí y cuando se parase, me debía poner a su altura y esperar a que me dejase mirar.

Por fin, Hugo se ha parado. Sólo tengo que descender unos centímetros más para descubrir mi sorpresa.

Estoy a la altura de Hugo. Estoy tan nerviosa que no sé si voy a aguantar mucho sin girarme.

— ¿Estás preparada?

— ¡Sí!

—Puedes girarte.

Me coge de la mano mientras giro la cabeza. Me quedo atónita. No puedo creer lo que me está pasando.

En el barranco de enfrente un conjunto de cuerdas que forma una frase. No sé muy bien como ha sujetado las cuerdas porque no se ve, pero eso es lo de menos. No sé ni que decir, es demasiado mágico este momento para mí. ¿Cómo reaccionarías al leer un “¿Te quieres casar conmigo?” escrito de esa manera? Estoy eufórica.

— ¡Sí! ¡Sí, quiero! — grito super fuerte mientras miro a Hugo.

— ¿Estás segura? — pregunta nervioso.

— ¡Que sí, idiota!

—Ya te queda poco para dejar de ser mi becaria en el amor y convertirte en mi esposa.

Se acerca con la sonrisa más amplia que he visto jamás en su cara. Me abraza como buenamente puede buscando la manera de no perder el equilibrio. Me besa.

Si ya antes os he contado lo bonitos que son nuestros besos, sin duda, este es el que más sabe a felicidad y amor de todos. Me acabo de comprometer con el hombre de mis sueños y me va a costar mucho creérmelo. Sea un sueño o una realidad, pienso disfrutar a cada segundo de una relación tan mágica como la nuestra. Sé que todo va a salir a pedir de boca.

He pasado de tener una vida aburrida y sola, a vivir experiencias y momentos muy emocionantes al lado del chico más guapo, comprensivo, atrevido, divertido... Y todo lo bueno que se os ocurra, que jamás he conocido. Sé que a partir de hoy voy a ser la persona más feliz del mundo.

FIN